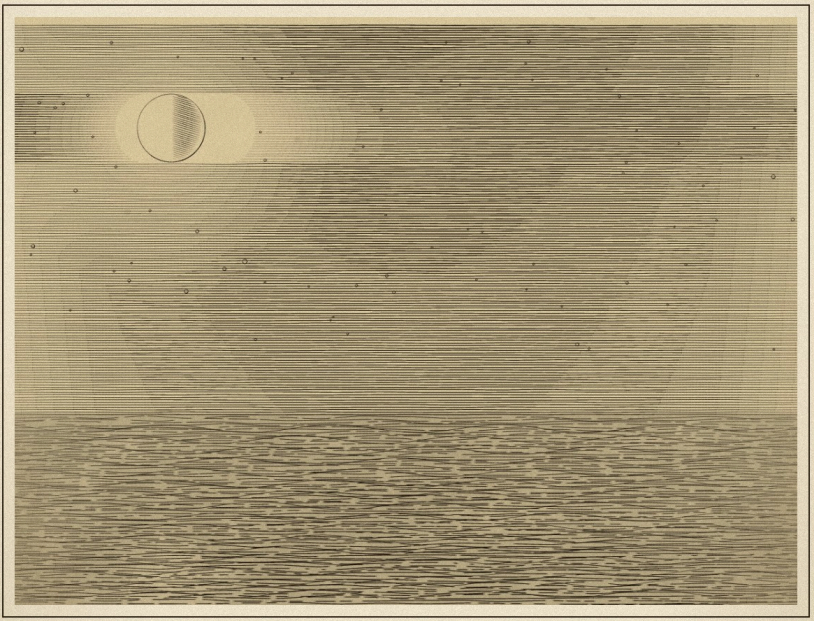
EL PERRO DEL HORTELANO

Lope de Vega



La lámpara encendida
MMXXVI

El perro del hortelano

Lope de Vega

La lámpara encendida

Edición digital de La lámpara encendida, 2026.

Texto de dominio público: texto de Lope de Vega (publicado en 1618).

Portada y maquetación: La lámpara encendida.

Esta edición es gratuita. Puedes leerla, copiarla y compartirla libremente.

Escucha este libro completo, leído en voz baja para dormir, en nuestro canal de YouTube «La lámpara encendida».

Índice

Personas

Acto primero

Acto segundo

Acto tercero

Personas

Diana, condesa de Belflor; Teodoro, su secretario; Otavio, su mayordomo; Fabio, su gentilhombre; Tristán, lacayo; Anarda, dama; Marcela, dama; Dorotea, dama; Federico, conde; Ludovico, conde; Ricardo, marqués; Leonido, criado; Antonelo, lacayo; Furio; Lirano; Celio, criado; Camilo; un paje.

Acto primero

Salen Teodoro y Tristán; vienen huyendo.

Teodoro: Huye, Tristán, por aquí.

Tristán: Notable desdicha ha sido.

Teodoro: ¿Si nos habrá conocido?

Tristán: No sé; presumo que sí.

Vanse. Sale Diana.

Diana: ¡Ah gentilhombre!, esperad. ¡Teneos, oíd! ¿qué digo? ¿Esto se ha de usar conmigo? Volved, mirad, escuchad. ¡Hola! ¿No hay aquí un criado? ¡Hola! ¿No hay un hombre aquí? Pues no es sombra lo que vi, ni sueño que me ha burlado. ¡Hola! ¿Todos duermen ya?

Sale Fabio.

Fabio: ¿Llama vuestra señoría?

Diana: Para la cólera mía gusto esa flema me da. Corred, necio, enhoramala, pues merecéis este nombre, y mirad quién es un hombre que salió de aquesta sala.

Fabio: ¿De esta sala?

Diana: Caminad, y responded con los pies.

Fabio: Voy tras él.

Diana: Sabed quién es.

Fabio: ¿Hay tal traición, tal maldad?

Sale Otavio.

Otavio: Aunque su voz escuchaba, a tal hora no creía que era vuestra señoría quien tan aprisa llamaba.

Diana: ¡Muy lindo Santelmo hacéis! ¡Bien temprano os acostáis! ¡Con la flema que llegáis! ¡Qué despacio que os movéis! Andan hombres en mi casa a tal hora, y aún los siento casi en mi propio aposento; que no sé yo dónde pasa tan grande insolencia, Otavio.

Y vos, muy a lo escudero, cuando yo me desespero, ¿ansí remediáis mi agravio? Volveos; que no soy yo; acostaos; que os hará mal.

Otavio: Señora...

Sale Fabio.

Fabio: No he visto tal. Como un gavilán partió.

Diana: ¿Viste las señas?

Fabio: ¿Qué señas?

Diana: ¿Una capa no llevaba con oro?

Fabio: Cuando bajaba la escalera...

Diana: ¡Hermosas dueñas sois los hombres de mi casa!

Fabio: A la lámpara tiró el sombrero y la mató. Con esto los patios pasa, y en lo escuro del portal saca la espada y camina.

Diana: Vos sois muy lindo gallina.

Fabio: ¿Qué querías?

Diana: ¡Pesia tal! Cerrar con él y matalle.

Otavio: Si era hombre de valor, ¿fuera bien echar tu honor desde el portal a la calle?

Diana: ¡De valor aquí! ¿Por qué?

Otavio: ¿Nadie en Nápoles te quiere, que mientras casarse espere, por dónde puede te ve? ¿No hay mil señores que están, para casarse

contigo, ciegos de amor? Pues bien digo, si tú le viste galán, y Fabio tirar bajando a la lámpara el sombrero.

Diana: Sin duda fue caballero que, amando y solicitando, vencerá con interés mis criados; que criados tengo, Otavio, tan honrados. Pero yo sabré quién es. Plumas llevaba el sombrero, y en la escalera ha de estar.

A Fabio.

Diana: Ve por él.

Fabio: ¿Si le he de hallar?

Diana: Pues claro está, majadero; que no había de bajarse por él cuando huyendo fue.

Fabio: Luz, señora, llevaré.

Vase Fabio.

Diana: Si ello viene a averiguarse, no me ha de quedar culpado en casa.

Otavio: Muy bien harás; pues cuando segura estás, te han puesto en este cuidado. Pero aunque es bachillería, y más estando enojada, hablarte en lo que te enfada, ésta tu injusta porfía de no te querer casar causa tantos desatinos, solicitando caminos que te obligasen a amar.

Diana: ¿Sabéis vos alguna cosa?

Otavio: Yo, señora, no sé más de que en opinión estás de incansable cuanto hermosa. El condado de Belflor pone a muchos en cuidado.

Sale Fabio.

Fabio: Con el sombrero he topado; mas no puede ser peor.

Diana: Muestra. ¿Qué es esto?

Fabio: No sé. Éste aquel galán tiró.

Diana: ¿Éste?

Otavio: No le he visto yo más sucio.

Fabio: Pues éste fue.

Diana: ¿Éste hallaste?

Fabio: Pues ¿yo había de engañarte?

Otavio: ¡Buenas son Las plumas!

Fabio: El es ladrón.

Otavio: Sin duda a robar venía.

Diana: Haréisme perder el seso.

Fabio: Este sombrero tiró.

Diana: Pues las plumas que vi yo, y tantas, que aun era exceso, ¿en esto se resolvieron?

Fabio: Como en la lámpara dio, sin duda se las quemó, y como estopas ardieron. Ícaro, ¿al sol no subía, y abrasándose las plumas, cayó en las blancas espumas del mar? Pues esto sería. El sol la lámpara fue, Ícaro el sombrero; y luego las plumas deshizo el fuego, y en la escalera le hallé.

Diana: No estoy para burlas, Fabio. Hay aquí mucho que hacer.

Otavio: Tiempo habrá para saber la verdad.

Diana: ¿Qué tiempo, Otavio?

Otavio: Duerme agora; que mañana lo puedes averiguar.

Diana: No me tengo de acostar, no, por vida de Diana, hasta saber lo que ha sido. Llama esas mujeres todas.

Vase Fabio.

Otavio: Muy bien la noche acomodas.

Diana: Del sueño, Otavio, me olvido con el cuidado de ver un hombre dentro en mi casa.

Otavio: Saber después lo que pasa fuera discreción, y hacer secreta averiguación.

Diana: Sois, Otavio, muy discreto; que dormir sobre un secreto es notable discreción.

Salen Fabio, Marcela, Dorotea, Anarda.

Fabio: Las que importan he traído; que las demás no sabrán lo que deseas, y están rindiendo al sueño el sentido. Las de tu cámara solas estaban por acostar.

Anarda: (De noche se altera el mar, y se enfurecen las olas.)

Fabio: ¿Quieres quedar sola?

Diana: Sí. Salíos los dos allá.

Fabio habla aparte a Otavio.

Fabio: ¡Bravo examen!

Otavio: Loca está.

Fabio: (Y sospechosa de mí.)

Vanse Otavio y Fabio.

Diana: Llégate aquí, Dorotea.

Dorotea: ¿Qué manda vuseñoría?

Diana: Que me dijeses querría quién esta calle pasea.

Dorotea: Señora, el marqués Ricardo, y algunas veces el conde Paris.

Diana: La verdad responde de lo que decirte aguardo, si quieres tener remedio.

Dorotea: ¿Qué te puedo yo negar?

Diana: ¿Con quién los has visto hablar?

Dorotea: Si me pusieses en medio de mil llamas, no podré decir que, fuera de ti, hablar con nadie los vi que en aquesta casa esté.

Diana: ¿No te han dado algún papel? ¿Ningún paje ha entrado aquí?

Dorotea: Jamás.

Diana: Apártate allí.

Marcela habla aparte a Anarda.

Marcela: (¡Brava inquisición!)

Anarda: Cruel.

Diana: Oye, Anarda.

Anarda: ¿Qué me mandas?

Diana: ¿Qué hombre es éste que salió?

Anarda: ¿Hombre?

Diana: Desta sala; y yo sé los pasos en que andas. ¿Quién le trajo a que me viese? ¿Con quién habla de vosotras?

Anarda: No creas tú que en nosotras tal atrevimiento hubiese. ¡Hombre, para verte a ti, había de osar traer criada tuya, ni hacer esa traición contra ti! No, señora, no lo entiendes.

Diana: Espera, apártate más; porque a sospechar me das, si engañarme no pretendes, que por alguna criada este hombre ha entrado aquí.

Anarda: El verte, señora, ansí, y justamente enojada, dejada toda cautela, me obliga a decir verdad, aunque contra la amistad que profeso con Marcela. Ella tiene a un hombre amor, y él se le tiene también; mas nunca he sabido quién.

Diana: Negarlo, Anarda, es error. Ya que confiesas lo más, ¿para qué niegas lo menos?

Anarda: Para secretos ajenos mucho tormento me das, sabiendo que soy mujer; mas basta que hayas sabido que por Marcela ha venido. Bien te puedes recoger; que es sólo conversación, y ha poco que se comienza.

Diana: ¡Hay tan crüel desvergüenza! ¡Buena andará la opinión de una mujer por casar! ¡Por el siglo, infame gente, del conde mi señor!

Anarda: Tente, y déjame disculpar; que no es de fuera de casa el hombre que habla con ella, ni para venir a vella por esos peligros pasa.

Diana: En efeto, ¿es mi criado?

Anarda: Sí, señora.

Diana: ¿Quién?

Anarda: Teodoro.

Diana: ¿El secretario?

Anarda: Yo ignoro lo demás; sé que han hablado.

Diana: Retírate, Anarda, allí.

Anarda: Muestra aquí tu entendimiento.

Diana: (Con más templanza me siento, sabiendo que no es por mí.) Marcela...

Marcela: Señora...

Diana: Escucha.

Marcela: ¿Qué mandas? (Temblando llego.)

Diana: ¿Eres tú de quien fiaba mi honor y mis pensamientos?

Marcela: Pues ¿qué te han dicho de mí, sabiendo tú que profeso la lealtad que tú mereces?

Diana: ¿Tú, lealtad?

Marcela: ¿En qué te ofendo?

Diana: ¿No es ofensa que en mi casa, y dentro de mi aposento, entre un hombre a hablar contigo?

Marcela: Está Teodoro tan necio que donde quiera me dice dos docenas de requiebros.

Diana: ¿Dos docenas? ¡Bueno a fe! Bendiga el buen año el cielo, pues se venden por docenas.

Marcela: Quiero decir que, en saliendo o entrando, luego a la boca traslada sus pensamientos.

Diana: ¿Traslada? Término extraño. ¿Y qué te dice?

Marcela: No creo que se me acuerde.

Diana: Sí hará.

Marcela: Una vez dice, "Yo pierdo el alma por esos ojos." Otra, "Yo vivo por ellos; esta noche no he dormido, desvelando mis deseos en tu hermosura." Otra vez me pide sólo un cabello para atarlos, porque estén en su pensamiento quedos. Mas ¿para qué me preguntas niñerías?

Marcela: A tus pies tienes tu hechura.

Diana: Vete.

Marcela: Mil veces los beso.

Diana: Dejadme sola.

Anarda habla aparte a Marcela.

Anarda: (¿Qué ha sido?

Marcela: Enojos en mi provecho.

Dorotea: ¿Sabe tus secretos ya?

Marcela: Sí sabe, y que son honestos.

Marcela, Dorotea y Anarda hacen tres reverencias a la condesa, y se van.

Diana: Mil veces he advertido en la belleza, gracia y entendimiento de Teodoro, que a no ser desigual a mi decoro, estimara su ingenio y gentileza. Es el amor común naturaleza; mas yo tengo mi honor por más tesoro, que los respetos de quien soy adoro, y aun el pensarlo tengo por bajeza.

La envidia bien sé yo que ha de quedarme; que si la suelen dar bienes ajenos, bien tengo de que pueda lamentarme, porque quisiera yo que, por lo menos, Teodoro fuera más, para igualarme, o yo, para igualarle, fuera menos.

Vase Diana. Salen Teodoro Y Tristán.

Teodoro: No he podido sosegar.

Tristán: Y aun es con mucha razón; que ha de ser tu perdición si lo llega a averiguar. Díjete que la dejaras acostar, y no quisiste.

Teodoro: Nunca el amor se resiste.

Tristán: Tiras, pero no reparas.

Teodoro: Los diestros lo hacen ansí.

Tristán: Bien sé yo que si lo fueras, el peligro conocieras.

Teodoro: ¿Si me conoció?

Tristán: No y sí; que no conoció quién eras, y sospecha le quedó.

Teodoro: Cuando Fabio me siguió bajando las escaleras, fue milagro no matalle.

Tristán: ¡Qué lindamente tiré mi sombrero a la luz!

Teodoro: Fue detenelle y deslumbralle, porque si adelante pasa, no le dejara pasar.

Tristán: Dije a la luz al bajar, "Di que no somos de casa"; y respondióme: "Mentís." Alcé y tiréle el sombrero; ¿quedé agraviado?

Teodoro: Hoy espero mi muerte.

Tristán: Siempre decís esas cosas los amantes cuando menos pena os dan.

Teodoro: Pues ¿qué puedo hacer, Tristán, en peligros semejantes?

Tristán: Dejar de amar a Marcela, pues la condesa es mujer que si lo llega a saber, no te ha de valer cautela para no perder su casa.

Teodoro: Y ¿no hay más sino olvidar?

Tristán: Liciones te quiero dar de cómo el amor se pasa.

Teodoro: ¿Ya comienzas desatinos?

Tristán: Con arte se vence todo: oye, por tu vida, el modo por tan fáciles caminos. Primeramente has de hacer resolución de olvidar, sin pensar que has de tornar eternamente a querer; que si te queda esperanza de volver, no habrá remedio de olvidar; que si está en medio la esperanza, no hay mudanza.

¿Por qué piensas que no olvida luego un hombre a una mujer? Porque, pensando volver, va entreteniendo la vida. Ha de haber resolución dentro del entendimiento, con que cesa el movimiento de aquella imaginación. ¿No has visto faltar la cuerda de un reloj, y estarse quedas sin movimiento las ruedas?

Pues desa suerte se acuerda el que tienen las potencias, cuando la esperanza falta.

Teodoro: Y la memoria, ¿no salta luego a hacer mil diligencias, despertando el sentimiento a que del bien no se prive?

Tristán: Es enemigo que vive asido al entendimiento, como dijo la canción de aquel español poeta; mas por eso es linda treta vencer la imaginación.

Teodoro: ¿Cómo?

Tristán: Pensando defetos, y no gracias; que olvidando, defetos están pensando, que no gracias, los discretos. No la imagines vestida con tan linda proporción de cintura, en el balcón de unos chapines subida. Toda es vana arquitectura; porque dijo un sabio un día que a los sastres se debía la mitad de la hermosura.

Como se ha de imaginar una mujer semejante, es como un disciplinante que le llevan a curar. Esto sí; que no adornada del costoso faldellín. Pensar defetos, en fin, es medicina aprobada.

Si de acordarte que veías alguna vez una cosa que te pareció asquerosa, no comes en treinta días; acordándote, señor, de los defetos que tiene, si a la memoria te viene, se te quitará el amor.

Teodoro: ¡Qué grosero cirujano! ¡Qué rústica curación! Los remedios al fin son como de tu tosca mano. Médico empírico eres; no has estudiado, Tristán. Yo no imagino que están desa suerte las mujeres, sino todas cristalinas, como un vidrio transparentes.

Tristán: ¡Vidrio! Sí, muy bien lo sientes, si a verlas quebrar caminas; mas si no piensas pensar defetos, pensarte puedo, porque ya he perdido el miedo de que podrás olvidar.

Pardiez, yo quise una vez, con esta cara que miras, a una alforja de mentiras, años cinco veces diez; y entre otros dos mil defetos, cierta barriga tenía, que encerrar dentro podía, sin otros mil parapetos, cuantos legajos de pliegos algún escritorio apoya, pues como el caballo en Troya pudiera meter cien griegos.

¿No has oído que tenía cierto lugar un nogal, que en el tronco un oficial con mujer y hijos cabía, y aun no era la casa escasa? Pues de esa misma manera, en esta panza cupiera un tejedor y su casa.

Y queriéndola olvidar —que debió de convenirme—, dio la memoria en decirme que pensase en blanco azar, en azucena y jazmín, en marfil, en plata, en nieve, y en la cortina, que debe de llamarse el faldellín, con que yo me deshacía.

Mas tomé más cuerdo acuerdo, y di en pensar, como cuerdo, lo que más le parecía; cestos de calabazones, baúles viejos, maletas de cartas para estafetas, almofrejes y jergones; con que se trocó en desdén el amor y la esperanza, y olvidé la dicha panza por siempre jamás amén; que era tal, que en los dobleces, y no es mucho encarecer, se pudieran esconder cuatro manos de almireces.

Teodoro: En las gracias de Marcela no hay defetos que pensar. Yo no la pienso olvidar.

Tristán: Pues a tu desgracia apela, y sigue tan loca empresa.

Teodoro: Toda es gracias: ¿qué he de hacer?

Tristán: Pensarlas hasta perder la gracia de la condesa.

Sale Diana.

Diana: Teodoro

Teodoro: (La misma es.)

Diana: Escucha.

Teodoro: A tu hechura manda.

Tristán: (Si en averiguarlo anda, de casa volamos tres.)

Diana: Hame dicho cierta amiga que desconfía de sí que el papel que traigo aquí le escriba. A hacerlo me obliga la amistad, aunque yo

ignoro, Teodoro, cosas de amor; y que le escribas mejor vengo a decirte, Teodoro. Toma y léele.

Teodoro: Si aquí, señora, has puesto la mano, igualarle fuera en vano, y fuera soberbia en mí. Sin verle, pedirte quiero que a esa señora le envíes.

Diana: Léele.

Teodoro: Que desconfíes me espanto: aprender espero estilo que yo no sé; que jamás traté de amor.

Diana: ¿Jamás, jamás?

Teodoro: Con temor de mis defetos, no amé; que soy muy desconfiado.

Diana: Y se puede conocer de que no te dejas ver, pues que te vas rebozado.

Teodoro: ¡Yo, señora! ¿Cuándo o cómo?

Diana: Dijéronme que salió anoche acaso, y te vio rebozado el mayordomo.

Teodoro: Andaríamos burlando Fabio y yo, como solemos, que mil burlas nos hacemos.

Diana: Lee, lee.

Teodoro: Estoy pensando que tengo algún envidioso.

Diana: Celoso podría ser. Lee, lee.

Teodoro: Quiero ver ese ingenio milagroso.

Lee.

Teodoro: "Amar por ver amar, envidia ha sido; y primero que amar estar celosa es invención de amor maravillosa, y que por imposible se ha tenido. De los celos mi amor ha procedido por pesarme que,

siendo más hermosa, no fuese en ser amada tan dichosa, que hubiese lo que envidio merecido.

Estoy sin ocasión desconfiada, celosa sin amor, aunque sintiendo: debo de amar, pues quiero ser amada. Ni me dejo forzar ni me defiendo; darme quiero a entender sin decir nada: entiéndame quien puede; yo me entiendo."

Diana: ¿Qué dices?

Teodoro: Que si esto es a propósito del dueño, no he visto cosa mejor; mas confieso que no entiendo cómo puede ser que amor venga a nacer de los celos, pues que siempre fue su padre.

Diana: Porque esta dama, sospecho que se agradaba de ver este galán, sin deseo; y viéndole ya empleado en otro amor, con los celos vino a amar y a desear. ¿Puede ser?

Teodoro: Yo lo concedo; mas ya esos celos, señora, de algún principio nacieron, y ése fue amor; que la causa no nace de los efetos, sino los efetos de ella.

Diana: No sé, Teodoro: esto siento de esta dama, pues me dijo que nunca al tal caballero tuvo más que inclinación, y en viéndole amar, salieron al camino de su honor mil salteadores deseos, que le han desnudado el alma del honesto pensamiento con que pensaba vivir.

Teodoro: Muy lindo papel has hecho: yo no me atrevo a igualarle.

Entra y prueba.

Teodoro: No me atrevo.

Diana: Haz esto, por vida mía.

Teodoro: Vuseñoría con esto quiere probar mi ignorancia.

Diana: Aquí aguardo: vuelve luego.

Teodoro: Yo voy.

Vase Teodoro.

Diana: Escucha, Tristán.

Tristán: A ver lo que mandas vuelvo, con vergüenza destas calzas; que el secretario, mi dueño, anda salido estos días; y hace mal un caballero, sabiendo que su lacayo le va sirviendo de espejo, de lucero y de cortina, en no traerle bien puesto.

Escalera del señor, si va a caballo, un discreto, nos llamó, pues a su cara se sube por nuestros cuerpos. No debe de poder más.

Diana: ¿Juega?

Tristán: ¡Pluguiera a los cielos! Que a quien juega, nunca faltan, de esto o de aquello, dineros. Antiguamente los reyes algún oficio aprendieron, por, si en la guerra o la mar perdían su patria y reino, saber con qué sustentarse: ¡dichosos los que pequeños aprendieron a jugar!

Pues en faltando, es el juego un arte noble que gana con poca pena el sustento. Verás un grande pintor, acrisolando el ingenio, hacer una imagen viva, y decir el otro necio que no vale diez escudos; y que el que juega, en diciendo "paro," con salir la suerte, le sale a ciento por ciento.

Diana: En fin, ¿no juega?

Tristán: Es cuitado.

Diana: A la cuenta será cierto tener amores.

Tristán: ¡Amores! ¡Oh qué donaire! Es un hielo.

Diana: Pues un hombre de su talle, galán, discreto y mancebo, ¿no tiene algunos amores de honesto entretenimiento?

Tristán: Yo trato en paja y cebada, no en papeles y requiebros. De día te sirve aquí; que está ocupado sospecho.

Diana: Pues ¿nunca sale de noche?

Tristán: No le acompaño; que tengo una cadera quebrada.

Diana: ¿De qué, Tristán?

Tristán: Bien te puedo responder lo que responden las malcasadas, en viendo cardenales en su cara del mojicón de los celos: "Rodé por las escaleras." Pt

Tristán: Por largo trecho. Con las costillas conté los pasos.

Diana: Forzoso es eso, si a la lámpara, Tristán, le tirabas el sombrero.

Tristán: (¡Oxte, puto! ¡Vive Dios, que se sabe todo el cuento!)

Diana: ¿No respondes?

Tristán: Por pensar cuándo..., pero ya me acuerdo: Anoche andaban en casa unos murciélagos negros; el sombrero les tiraba, fuese a la luz uno de ellos, y acerté, por dar en el, en la lámpara, y tan presto por la escalera rodé, que los dos pies se me fueron.

Diana: Todo está muy bien pensado; pero un libro de secretos dice que es buena la sangre para quitar el cabello, de esos murciélagos digo; y haré yo sacarla luego, si es cabello la ocasión, para quitarla con ellos.

Tristán: (¡Vive Dios, que hay chamusquina, y que por murciegalero me pone en una galera!)

Diana: (¡Qué traigo de pensamientos!)

Sale Fabio.

Fabio: Aquí está el marqués Ricardo.

Diana: Poned esas sillas luego.

Salen Ricardo y Celio, y vanse Fabio y Tristán.

Ricardo: Con el cuidado que el amor, Diana, pone en un pecho que aquel fin desea que la mayor dificultad allana, el mismo quiere que te adore y vea: solicito mi causa, aunque por vana esta ambición algún contrario crea, que dando más lugar a su esperanza, tendrá menos amor que confianza.

Está vuseñoría tan hermosa, que estar buena el mirarla me asegura; que en la mujer—y es bien pensada cosa— la más cierta salud es la hermosura; que en estando gallarda, alegre, airosa, es necedad, es ignorancia pura, llegar a preguntarle si está buena, que todo entendimiento la condena.

Sabiendo que lo estáis, como lo dice la hermosura, Diana, y la alegría, de mí, si a la razón no contradice, saber, señora, cómo estoy querría.

Diana: Que vuestra señoría solemnice lo que en Italia llaman gallardía por hermosura, es digno pensamiento de su buen gusto y claro entendimiento. Que me pregunte cómo está, no creo que soy tan dueño suyo que lo diga.

Ricardo: Quien sabe de mi amor y mi deseo el fin honesto a este favor se obliga. A vuestros deudos inclinados veo para que en lo tratado se prosiga; sólo falta, señora, vuestro acuerdo, porque sin él las esperanzas pierdo.

Si, como soy señor de aquel estado que con igual nobleza heredé agora, lo fuera desde el sur más abrasado a los primeros paños del aurora; si el oro, de los hombres adorado, las congeladas lágrimas que llora el cielo, o los diamantes orientales que abrieron por el mar caminos tales tuviera yo, lo mismo os ofreciera; y no dudéis, señora, que pasara adonde el sol apenas luz me diera, como a sólo serviros importara: en campañas de sal pies de madera por las remotas aguas estampara, hasta llegar a las australes playas, del humano poder últimas rayas.

Diana: Creo, señor marqués, el amor vuestro; y satisfecha de nobleza tanta, haré tratar el pensamiento nuestro, si al conde Federico no le espanta.

Ricardo: Bien sé que en trazas es el conde diestro, porque en ninguna cosa me adelanta; mas yo fío de vos que mi justicia los ojos cegará de su malicia.

Sale Teodoro.

Teodoro: Ya lo que mandas hice.

Ricardo: Si ocupada vuseñoría está, no será justo hurtarle el tiempo.

Diana: No importara nada, puesto que a Roma escribo.

Ricardo: No hay disgusto como en día de cartas dilatada visita.

Diana: Sois discreto.

Ricardo: En daros gusto.

Ricardo habla aparte a Celio.

Ricardo: (Celio, ¿qué te parece?

Celio: Que quisiera que ya tu justo amor premio tuviera.

Vanse Ricardo y Celio.

Diana: ¿Escribiste?

Teodoro: Ya escribí, aunque bien desconfiado; mas soy mandado y forzado.

Diana: Muestra.

Teodoro: Lee.

Diana: Dice así:

Lee.

Diana: "Querer por ver querer envidia fuera, si quien lo vio sin ver amar no amara, porque si antes de ver, no amar pensara, después no amara, puesto que amar viera.

Amor, que lo que agrada considera en ajeno poder, su amor declara; que como la color sale a la cara, sale a la lengua lo que al alma altera. No digo más, porque lo mis ofendo desde lo menos, si es que desmerezco porque del ser dichoso me defiendo.

Esto que entiendo solamente ofrezco; que lo que no merezco no lo entiendo, por no dar a entender que lo merezco."

Diana: Muy bien guardaste el decoro.

Teodoro: ¿Búrlaste?

Diana: ¡Pluguiera a Dios!

Teodoro: ¿Qué dices?

Diana: Que de los dos, el tuyo vence, Teodoro.

Teodoro: Pésame, pues no es pequeño principio de aborrecer un criado, el entender que sabe más que su dueño.

De cierto rey se contó que le dijo a un gran privado: "Un papel me da cuidado, y si bien le he escrito yo, quiero ver otro de vos, y el mejor escoger quiero." Escribióle el caballero, y fue el mejor de los dos.

Como vio que el rey decía que era su papel mejor, y díjole al mayor hijo, de tres que tenía: "Vámonos del reino luego; que en gran peligro estoy yo." El mozo le preguntó la causa, turbado y ciego; y respondióle: "Ha sabido el rey que yo sé más que él;

—que es lo que en este papel me puede haber sucedido.

Diana: No, Teodoro; que aunque digo que es el tuyo más discreto, es porque sigue el conceto de la materia que sigo; y no para que presuma tu pluma que, si me agrada, pierdo el estar confiada de los puntos de mi pluma.

Fuera de que soy mujer a cualquier error sujeta, y no sé si muy discreta, como se me echa de ver. Desde lo menos, aquí dices que ofendes lo más; y amando, engañado estás, porque en amor no es ansí; que no ofende un desigual amando, pues sólo entiendo que se ofende aborreciendo.

Teodoro: Ésa es razón natural; mas pintaron a Faetonte y a Ícaro despeñados, uno en caballos dorados, precipitado en un monte; y otro, con alas de cera, derretido en el crisol del sol.

Diana: No lo hiciera el sol si, como es sol, mujer fuera. Si alguna dama quisieres alta, sírvela y confía; que amor no es más que porfía: no son piedras las mujeres. Yo me llevo este papel; que despacio me conviene verle.

Teodoro: Mil errores tiene.

Diana: No hay error ninguno en él.

Teodoro: Honras mi deseo; aquí traigo el tuyo.

Diana: Pues allá le guarda..., aunque bien será rasgarle.

Teodoro: ¿Rasgarle?

Diana: Sí; que no importa. ¿Que se pierda, si se puede perder más?

Vase Diana.

Teodoro: Fuése. ¿Quién pensó jamás de mujer tan noble y cuerda este arrojarse tan presto a dar su amor a entender? Pero también puede ser que yo me engañase en esto.

Mas, ¿no me ha dicho jamás, ni a lo menos se me acuerda? "Pues ¿qué importa que se pierda, si se puede perder más?" "Perder más", bien puede ser por la mujer que decía... —Mas todo es bachillería, y ella es la misma mujer.

Aunque no; que la condesa es tan discreta y tan varia, que es la cosa más contraria de la ambición que profesa. Sírvenla príncipes

hoy en Nápoles, que no puedo ser su esclavo. Tengo miedo, que en grande peligro estoy.

Ella sabe que a Marcela sirvo, pues aquí ha fundado el engaño y me ha burlado... Pero en vano se recela mi temor, porque jamás burlando salen colores. ¿Y el decir con mil temores que se puede perder más?

¿Qué rosa, al llorar la aurora, hizo de las hojas ojos, abriendo los labios rojos con risa a ver cómo llora, como ella los puso en mí, bañada en púrpura y grana; o qué pálida manzana se esmaltó de carmesí?

Lo que veo y lo que escucho, yo lo juzgo (o estoy loco) para ser de veras poco, y para de burlas mucho. Mas teneos, pensamiento, que os vais ya tras la grandeza, aunque si digo belleza, bien sabéis vos que no miento; que es bellísima Diana, y en discreción sin igual.

Sale Marcela.

Marcela: ¿Puedo hablarte?

Teodoro: Ocasión tal mil imposibles allana; que por ti, Marcela mía, la muerte me es agradable.

Marcela: Como yo te vea y hable dos mil vidas perdería.

Estuve esperando el día. como el pajarillo solo; y cuando vi que en el polo que Apolo más presto dora, le despertaba la aurora, dije: "Yo veré mi Apolo." Grandes cosas han pasado; que no se quiso acostar la condesa hasta dejar satisfecho su cuidado.

Amigas que han envidiado mi dicha con deslealtad, le han contado la verdad; que entre quien sirve, aunque veas que hay amistad, no lo creas, porque es fingida amistad. Todo lo sabe en efeto; que si es Diana la luna, siempre a quien ama importuna, salió y vio nuestro secreto.

Pero será, te prometo, para mayor bien, Teodoro; que del honesto decoro con que tratas de casarte le di parte, y dije aparte cuán tiernamente te adoro.

Tus prendas le encarecí tu estilo, tu gentileza; y ella entonces su grandeza mostró tan piadosa en mí, que se alegró de que en ti hubiese los ojos puesto, y de casarnos muy presto palabra también me dio, luego que de mi entendió que era tu amor tan honesto.

Yo pensé que se enojara y la casa revolviera, que a los dos nos despidiera y a los demás castigara; mas su sangre ilustre y clara, y aquel ingenio en efeto tan prudente y tan perfeto, conoció lo que mereces. ¡Oh, bien haya amén mil veces quien sirve a señor discreto!

Teodoro: ¿Que casarme prometió contigo?

Marcela: Pues ¿pones duda que a su ilustre sangre acuda?

Teodoro: (Mi ignorancia me engañó. ¡Qué necio pensaba yo que hablaba en mí la condesa! De haber pensado me pesa que pudo tenerme amor; que nunca tan alto azor se humilla a tan baja presa.)

Marcela: ¿Qué murmuras entre ti?

Teodoro: Marcela, conmigo habló; pero no se declaró en darme a entender que fui el que embozado salí anoche de su aposento.

Marcela: Fue discreto pensamiento, por no obligarse al castigo de saber que hablé contigo, si no lo es el casamiento; que el castigo más piadoso de dos que se quieren bien es casarlos.

Teodoro: Dices bien, y el remedio más honroso.

Marcela: ¿Querrás tú?

Teodoro: Seré dichoso.

Marcela: Confírmalo.

Teodoro: Con los brazos, que son los rasgos y lazos, de la pluma del amor, pues no hay rúbrica mejor que la que firman los brazos.

Sale Diana.

Diana: Esto se ha enmendado bien. Agora estoy muy contenta; que siempre a quien reprehende da gran gusto ver la enmienda. No os turbéis ni os alteréis.

Teodoro: Dije, señora, a Marcela que anoche salí de aquí con tanto disgusto y pena de que vuestra señoría imaginase en su ofensa este pensamiento honesto para casarme con ella que me he pensado morir; y dándome por respuesta que mostrabas en casarnos tu piedad y tu grandeza, dile mis brazos; y advierte que si mentirte quisiera, no me faltara un engaño; pero no hay cosa que venza, como decir la verdad, a una persona discreta.

Diana: Teodoro, justo castigo la deslealtad mereciera de haber perdido el respeto a mi casa; y la nobleza que usé anoche con los dos no es justo que parte sea a que os atreváis ansí; que en llegando a desvergüenza el amor, no hay privilegio que al castigo le defienda.

Mientras no os casáis los dos, mejor estará Marcela cerrada en un aposento; que no quiero yo que os vean juntos las demás criadas, y que por ejemplo os tengan para casárseme todas. ¡Dorotea! ¡Ah Dorotea!

Sale Dorotea.

Dorotea: Señora...

Diana: Toma esta llave, y en mi propia cuadra encierra a Marcela; que estos días podrá hacer labor en ella. No diréis que esto es enojo.

Dorotea habla aparte a Marcela.

Dorotea: (¿Qué es esto, Marcela?

Marcela: Fuerza de un poderoso tirano y una rigurosa estrella. Enciérrame por Teodoro.

Dorotea: Cárcel aquí no la temas, y para puertas de celos tiene amor llave maestra.

Vanse Marcela y Dorotea.

Diana: En fin, Teodoro, ¿tú quieres casarte?

Teodoro: Yo no quisiera hacer cosa sin tu gusto; y créeme, que mi ofensa no es tanta como te han dicho; que bien sabes que con lengua de escorpión pintan la envidia; y que si Ovidio supiera qué era servir no en los campos, no en las montañas desiertas pintara su escura casa; que aquí habita y aquí reina.

Diana: Luego ¿no es verdad que quieres a Marcela?

Teodoro: Bien pudiera vivir sin Marcela yo.

Diana: Pues díceme que por ella pierdes el seso.

Teodoro: Es tan poco, que no es mucho que le pierda; mas crea vuseñoría que, aunque Marcela merezca esas finezas en mí, no ha habido tantas finezas.

Diana: Pues ¿no le has dicho requiebros tales que engañar pudieran a mujer de más valor?

Teodoro: Las palabras poco cuestan.

Diana: ¿Qué le has dicho, por mi vida? ¿Cómo, Teodoro, requiebran los hombres a las mujeres?

Teodoro: Como quien ama y quien ruega, vistiendo de mil mentiras una verdad, y ésa apenas.

Diana: Sí; pero ¿con qué palabras?

Teodoro: Extrañamente me aprieta vuseñoría. "Esos ojos, le dije, esas niñas bellas, son luz con que ven los míos; y los corales y perlas

de esa boca celestial...”

Diana: ¿Celestial?

Teodoro: Cosas como éstas son la cartilla, señora, de quien ama y quien desea.

Diana: Mal gusto tienes, Teodoro. No te espantes de que pierdas hoy el crédito conmigo, porque sé yo que en Marcela hay mis defetos que gracias, como la miro más cerca. Sin esto, porque no es limpia, no tengo pocas pendencias con ella... Pero no quiero desenamorarte de ella; que bien pudiera decirte cosas...

Pero aquí se quedan sus gracias o sus desgracias; que yo quiero que la quieras, y que os caséis en buen hora. Mas pues de amador te precias, dame consejo, Teodoro, ansí a Marcela poseas, para aquella amiga mía, que ha días que no sosiega de amores de un hombre humilde.

Porque si en quererle piensa, ofende su autoridad; y si de quererle deja, pierde el jüicio de celos; que el hombre, que no sospecha tanto amor, anda cobarde, aunque es discreto, con ella.

Teodoro: Yo, señora, ¿sé de amor? No sé, por Dios, cómo pueda aconsejarte.

Diana: ¿No quieres, como dices, a Marcela? ¿No le has dicho esos requiebros? Tuvieran lenguas las puertas, que ellas dijeran...

Teodoro: No hay cosa que decir las puertas puedan.

Diana: Ea, que ya te sonrojas, y lo que niega la lengua, confiesas con las colores.

Teodoro: Si ella te lo ha dicho, es necia. Una mano le tomé, y no me quedé con ella, que luego se la volví; no sé yo de qué se queja.

Diana: Sí, pero hay manos que son como la paz de la Iglesia, que siempre vuelven besadas.

Teodoro: Es necísima Marcela. Es verdad que me atreví pero con mucha vergüenza, a que templase la boca con nieve y con azucenas.

Diana: ¿Con azucenas y nieve? Huelgo de saber que templa ese emplasto el corazón. Ahora bien, ¿qué me aconsejas?

Teodoro: Que si esa dama que dices hombre tan bajo desea, y de quererle resulta a su honor tanta bajeza, haga que con un engaño, sin que la conozca, pueda gozarle.

Diana: Queda el peligro de presumir que lo entienda. ¿No será mejor matarle?

Teodoro: De Marco Aurelio se cuenta que dio a su mujer Faustina, para quitarle la pena, sangre de un esgrimidor; pero estas romanas pruebas son buenas entre gentiles.

Diana: Bien dices; que no hay Lucrecias; ni Torcatos ni Virginios en esta edad; y en aquélla hubo Faustinas, Teodoro, Mesalinas y Popeas. Escríbeme algún papel que a este propósito sea, y queda con Dios.

Se cae Diana.

Diana: ¡Ay Dios! Caí. ¿Qué me miras? Llega, dame la mano.

Teodoro: El respeto me detuvo de ofrecella.

Diana: ¡Qué graciosa grosería! ¡Que con la capa la ofrezcas!

Teodoro: Así cuando vas a misa te la da Otavio.

Diana: Es aquella mano que yo no le pido, y debe de haber setenta años que fue mano, y viene amortajada por muerta. Aguardar quien ha caído a que se vista de seda, es como ponerse un jaco quien ve al amigo en pendencia; que mientras baja, le han muerto.

Demás que no es bien que tenga nadie por más cortesía, aunque melindres lo aprueban, que una mano, si es honrada, traiga la cara cubierta.

Teodoro: Quiero estimar la merced que me has hecho.

Diana: Cuando seas escudero, la darás en el ferreruelo envuelta; que agora eres secretario: con que te he dicho que tengas secreta aquesta caída, si levantarte deseas.

Vase.

Teodoro: ¿Puedo creer que aquesto es verdad? Puedo, si miro que es mujer Diana hermosa. Pidió mi mano, y la color de rosa, al dársela, robó del rostro el miedo. Tembló, yo lo sentí: dudoso quedo. ¿Qué haré?

Seguir mi suerte venturosa; si bien, por ser la empresa tan dudosa, niego al temor lo que al valor concedo. Mas dejar a Marcela es caso injusto; que las mujeres no es razón que esperen de nuestra obligación tanto disgusto.

Pero si ellas nos dejan cuando quieren por cualquiera interés o nuevo gusto, mueran también como los hombres mueren.

Acto segundo

Salen el conde Federico y Leonido, criado.

Federico: ¿Aquí la viste?

Leonido: Aquí entró como el alba por un prado, que a su tapete bordado la primera luz le dio, y según la devoción no pienso que tardarán, que conozco al capellán y es más breve que es razón.

Federico: ¡Ay si la pudiese hablar!

Leonido: Siendo tú su primo, es cosa acompañarla forzosa.

Federico: El pretenderme casar ha hecho ya sospechoso mi parentesco, Leonido; que antes de haberla querido nunca estuve temeroso. Verás que un hombre visita una dama libremente por conocido o pariente mientras no la solicita, pero en llegando a querella, aunque de todos se guarde, menos entra y más cobarde, y apenas habla con ella.

Tal me ha sucedido a mí con mi prima la condesa, tanto, que de amar me pesa, pues lo más del bien perdí, pues me estaba mejor vella tan libre como solía.

Sale el marqués Ricardo, y Celio.

Celio: A pie digo que salía, y alguna gente con ella.

Ricardo: Por estar la iglesia enfrente, y por preciarse del talle, ha querido honrar la calle.

Celio: ¿No has visto por el oriente salir serena mañana el sol con mil rayos de oro, cuando dora el blanco toro que pace campos de grana? -que así llamaba un poeta los primeros arreboles. Pues tal salió con dos soles, más hermosa y más perfecta la bellísima Diana, la condesa de Belflor.

Ricardo: Mi amor te ha vuelto pintor de tan serena mañana, y hácesla sol con razón, porque el sol en sus caminos va pasando varios signos, que sus pretendientes son. Mira que allí Federico aguarda sus rayos de oro.

Celio: ¿Cuál de los dos será el toro a quien hoy al sol aplico?

Ricardo: Él por primera afición, aunque del nombre se guarde, que yo, por entrar más tarde, seré el signo del león.

Federico: ¿Es aquél Ricardo?

Leonido: Él es.

Federico: Fuera maravilla rara que deste puesto faltara.

Leonido: Gallardo viene el marqués.

Federico: No pudieras decir más si tú fueras el celoso.

Leonido: ¿Celos tienes?

Federico: ¿No es forzoso? De alabarle me los das.

Leonido: Si a nadie quiere Diana, ¿de qué los puedes tener?

Federico: De que le puede querer, que es mujer.

Leonido: Sí, mas tan vana, tan altiva y desdeñosa, que a todos os asegura.

Federico: Es soberbia la hermosura.

Leonido: No hay ingratitud hermosa.

Celio: Diana sale, señor.

Ricardo: Pues tendrá mi noche día.

Celio: ¿Hablarásla?

Ricardo: Eso querría, si quiere el competidor.

Salen Otavio, Fabio, Teodoro, la condesa, y detrás, Marcela, Anarda con mantos; llegue el conde por un lado.

Federico: Aquí aguardaba con deseo de veros.

Diana: Señor conde, seáis muy bien hallado.

Ricardo: Y yo, señora, con el mismo agora a acompañaros vengo, y a serviros.

Diana: Señor marqués, ¿qué dicha es esta mía? ¿Tanta merced?

Ricardo: Bien debe a mi deseo vuseñoría este cuidado.

Federico: Creo que no soy bien mirado y admitido.

Leonido: Háblala; no te turbes.

Federico: ¡Ay, Leonido! Quien sabe que no gustan de escuchalle, ¿de qué te admiras que se turbe y calle?

Todos se entren por la otra puerta acompañando a la condesa, y quede allí Teodoro.

Teodoro: Nuevo pensamiento mío desvanecido en el viento, que con ser mi pensamiento de veros volar me río, parad, detened el brío, que os detengo y os provoco, porque si el intento es loco de los dos lo mismo escucho, aunque donde el premio es mucho, el atrevimiento es poco.

Y si por disculpa dais que es infinito el que espero, averigüemos primero, pensamiento, en qué os fundáis. ¿Vos a quien servís amáis? Diréis que ocasión tenéis si a vuestros ojos creéis; pues, pensamiento, decildes que sobre pajas humildes torres de diamante hacéis.

Si no me sucede bien, quiero culparos a vos, mas teniéndola los dos, no es justo que culpa os den; que podréis decir también cuando del alma os levanto, y de la altura me espanto donde el amor os subió, que el estar tan bajo yo os hace a vos subir tanto.

Cuando algún hombre ofendido al que le ofende defiende, que dio la ocasión se entiende; del daño que os ha venido, sed en buenhora atrevido, que aunque los dos nos perdamos, esta disculpa llevamos:

que vos os perdéis por mí, y que yo tras vos me fui, sin saber adónde vamos.

Id en buenhora, aunque os den mil muertes por atrevido; que no se llama perdido el que se pierde tan bien. Como a otros dan parabién de lo que hallan, estoy tal, que de perdición igual os le doy, porque es perderse también que puede tenerse envidia del mismo mal

Tristán: Si en tantas lamentaciones cabe un papel de Marcela, que contigo se consuela de sus pasadas prisiones, bien te le daré sin porte, porque a quien no ha menester, nadie le procura ver a la usanza de la corte.

Cuando está en alto lugar un hombre (y ¡qué bien lo imitas!), ¡qué le vienen de visitas a molestar y a enfadar! Pero si mudó de estado, como es la fortuna incierta, todos huyen de su puerta como si fuese apestado. ¿Parécete que lavemos en vinagre este papel?

Teodoro: Contigo necio, y con él, entrambas cosas tenemos. Muestra, que vendrá lavado, si en tus manos ha venido.

Lea.

Teodoro: «A Teodoro, mi marido». ¿Marido? ¡Qué necio enfado! ¡Qué necia cosa!

Tristán: Es muy necia.

Teodoro: Pregúntale a mi ventura si, subida a tanta altura, esas mariposas precia.

Tristán: Léele, por vida mía, aunque ya estés tan divino; que no se desprecia el vino de los mosquitos que cría; que yo sé cuando Marcela, que llamas ya mariposa, era águila caudalosa.

Teodoro: El pensamiento, que vuela a los mismos cercos de oro del sol, tan baja la mira, que aun de que la ve se admira.

Tristán: Hablas con justo decoro, mas ¿qué haremos del papel?

Teodoro: Esto.

Tristán: ¿Rasgástele?

Teodoro: Sí.

Tristán: ¿Por qué señor?

Teodoro: Porque ansí respondí más presto a él.

Tristán: Ése es injusto rigor.

Teodoro: Ya soy otro; no te espantes.

Tristán: Basta, que sois los amantes boticarios del amor; que, como ellos las recetas, vais ensartando papeles: Récipe celos crueles, agua de azules violetas. Récipe un desdén extraño, Sirupi del borrajorum, con que la sangre templorum, para asegurar el daño.

Récipe ausencia, tomad un emplasto para el pecho; que os hiciera más provecho estaros en la ciudad. Récipe de matrimonio: allí es menester jarabes y tras diez días suaves purgalle con entimonio. Récipe signus celeste, que Capricornius dicetur: ese enfermo morietur, si no es que paciencia preste.

Récipe que de una tienda joya o vestido sacabis: con tabletas confortabis la bolsa que tal emprenda. A esta traza, finalmente, van todo el año ensartando. Llega la paga; en pagando, o viva o muera el doliente, se rasga todo papel.

Tú la cuenta has acabado, y el de Marcela has rasgado sin saber lo que hay en él.

Teodoro: Ya tú debes de venir con el vino que otras veces.

Tristán: Pienso que te desvaneces con lo que intentas subir.

Teodoro: Tristán, cuantos han nacido su ventura han de tener; no saberla conocer es el no haberla tenido. O morir en la porfía, o ser conde de Belflor.

Tristán: César llamaron, señor, a aquel duque que traía escrito por gran blasón: «César o nada»; y en fin tuvo tan contrario el fin que al fin de su pretensión escribió una pluma airada, «César o nada, dijiste, y todo, César, lo fuiste, pues fuiste César y nada».

Teodoro: Pues tomo, Tristán, la empresa, y haga después la fortuna lo que quisiere.

Salen Marcela y Dorotea.

Dorotea: Si a alguna de tus desdichas le pesa, de todas las que servimos a la condesa, soy yo.

Marcela: En la prisión que me dio tan justa amistad hicimos, y yo me siento obligada de suerte, mi Dorotea, que no habrá amiga que sea más de Marcela estimada. Anarda piensa que yo no sé cómo quiere a Fabio, porque della nació mi agravio; que a la condesa contó los amores de Teodoro.

Dorotea: Teodoro está aquí.

Marcela: ¡Mi bien!

Teodoro: Marcela, el paso detén.

Marcela: ¿Cómo, mi bien, si te adoro, cuando a mis ojos te ofreces?

Teodoro: Mira lo que haces y dices, que en palacio los tapices han hablado algunas veces. ¿De qué piensas que nació hacer figuras en ellos? De avisar que detrás dellos siempre algún vivo escuchó. Si un mudo viendo matar a un rey, su padre, dio voces, figuras que no conoces, pintadas sabrán hablar.

Marcela: ¿Has leído mi papel?

Teodoro: Sin leerle le he rasgado; que estoy tan escarmentado que rasgué mi amor con él.

Marcela: ¿Son los pedazos aquestos?

Teodoro: Sí, Marcela.

Marcela: Y ya ¿mi amor has rasgado?

Teodoro: ¿No es mejor que vernos por puntos puestos en peligros tan extraños? Si tú de mi intento estás, no tratemos desto más para excusar tantos daños.

Marcela: ¿Qué dices?

Teodoro: Que estoy dispuesto a no darle más enojos a la condesa.

Marcela: En los ojos tuve muchas veces puesto el temor desta verdad.

Teodoro: Marcela, queda con Dios. Aquí acaba de los dos el amor, no el amistad.

Marcela: ¿Tú dices eso, Teodoro, a Marcela?

Teodoro: Yo lo digo; que soy de quietud amigo y de guardar el decoro a la casa que me ha dado el ser que tengo.

Marcela: Oye, advierte.

Teodoro: Déjame.

Marcela: ¿De aquesta suerte me tratas?

Teodoro: ¡Qué necio enfado!

Váyase.

Marcela: ¡Ah Tristán, Tristán!

Tristán: ¿Qué quieres?

Marcela: ¿Qué es esto?

Tristán: Una mudancita; que a las mujeres imita Teodoro.

Marcela: ¿Cuáles mujeres?

Tristán: Unas de azúcar y miel.

Marcela: Dile...

Tristán: No me digas nada, que soy vaina desta espada, nema de aqueste papel, caja de aqueste sombrero, fieltro deste caminante, mudanza deste danzante, día deste vario hebrero, sombra deste cuerpo vano, posta de aquesta estafeta, rastro de aquesta cometa, tempestad deste verano, y finalmente, yo soy la uña de aqueste dedo, que en cortándome, no puedo decir que con él estoy.

Váyase.

Marcela: ¿Qué sientes desto?

Dorotea: No sé, que a hablar no me atrevo.

Marcela: No. Pues yo hablaré.

Dorotea: Pues yo no.

Marcela: Pues yo sí.

Dorotea: Mira que fue bueno el aviso, Marcela, de los tapices que miras.

Marcela: Amor en celosas iras ningún peligro recela. A no saber cuán altiva es la condesa, dijera que Teodoro en algo espera, porque no sin causa priva tanto estos días Teodoro.

Dorotea: Calla, que estás enojada.

Marcela: Mas yo me veré vengada, ni soy tan necia que ignoro las tretas de hacer pesar.

Sale Fabio.

Fabio: ¿Está el secretario aquí?

Marcela: ¿Es por burlarte de mí?

Fabio: ¡Por Dios, que le ando a buscar! Que le llama mi señora.

Marcela: Fabio, que sea o no sea, pregúntale a Dorotea cuál puse a Teodoro agora. ¿No es majadero cansado este secretario nuestro?

Fabio: ¡Qué engaño tan necio el vuestro! ¿Querréis que esté deslumbrado de los que los dos tratáis? ¿Es concierto de los dos?

Marcela: ¿Concierto? ¡Bueno!

Fabio: Por Dios, que pienso que me engañáis.

Marcela: Confieso, Fabio, que oí las locuras de Teodoro, mas yo sé que a un hombre adoro harto parecido a ti.

Fabio: ¿A mí?

Marcela: Pues ¿no te pareces a ti?

Fabio: Pues ¿a mí, Marcela?

Marcela: Si te hablo con cautela, Fabio, si no me enloqueces, si tu talle no me agrada, si no soy tuya, mi Fabio, máteme el mayor agravio, que es el querer despreciada.

Fabio: Es engaño conocido o tú te quieres morir, pues quieres restituir el alma que me has debido. Si es burla o es invención, ¿a qué camina tu intento?

Dorotea: Fabio, ten atrevimiento y aprovecha la ocasión; que hoy te ha de querer Marcela por fuerza.

Fabio: Por voluntad fuera amor, fuera verdad.

Dorotea: Teodoro más alto vuela; de Marcela se descarta.

Fabio: Marcela, a buscarle voy. Bueno en sus desdenes soy; si amor te convierte en carta, el sobrescrito a Teodoro, y en su ausencia, denla a Fabio; mas yo perdono el agravio, aunque ofenda mi decoro, y de espacio te hablaré, siempre tuyo en bien o en mal.

Váyase.

Dorotea: ¿Qué has hecho?

Marcela: No sé; estoy tal, que de mí misma no sé. Anarda ¿no quiere a Fabio?

Dorotea: Sí quiere.

Marcela: Pues de los dos me vengo, que amor es dios de la envidia y del agravio.

Salen la condesa y Anarda.

Diana: Ésta ha sido la ocasión; no me reprehendas más.

Anarda: La disculpa que me das me ha puesto en más confusión. Marcela está aquí, señora, hablando con Dorotea.

Diana: Pues no hay disgusto que sea para mí mayor agora. Salte allá afuera, Marcela.

Marcela: Vamos, Dorotea, de aquí. Bien digo yo que de mí o se enfada o se recela.

Váyanse Marcela y Dorotea.

Anarda: ¿Puédote hablar?

Diana: Ya bien puedes.

Anarda: Los dos que de aquí se van ciegos de tu amor están; tú en desdeñarlos, excedes la condición de Anajarte, la castidad de Lucrecia; y quien a tantos desprecia...

Diana: Ya me canso de escucharte.

Anarda: ¿Con quién te piensas casar? ¿No puede el marqués Ricardo, por generoso y gallardo, si no exceder, igualar al más poderoso y rico? Y la más noble mujer, ¿también no lo puede ser de tu primo Federico? ¿Por qué los has despedido con tan extraño desprecio?

Diana: Porque uno es loco, otro necio, y tú, en no haberme entendido, más, Anarda, que los dos. No los quiero, porque quiero, y quiero

porque no espero remedio.

Anarda: ¡Válame Dios! ¿Tú quieres?

Diana: ¿No soy mujer?

Anarda: Sí, pero imagen de hielo, donde el mismo sol del cielo podrá tocar y no arder.

Diana: Pues esos hielos, Anarda, dieron todos a los pies de un hombre humilde.

Anarda: ¿Quién es?

Diana: La vergüenza me acobarda que de mi propio valor tengo; no diré su nombre; basta que sepas que es hombre, que puede infamar mi honor.

Anarda: Si Pasife quiso un toro, Semíramis un caballo, y otras los monstros que callo por no infamar su decoro, ¿qué ofensa te puede hacer querer hombre, sea quien fuere?

Diana: Quien quiere, puede, si quiere, como quiso, aborrecer. Esto es lo mejor: yo quiero no querer.

Anarda: ¿Podrás?

Diana: Podré, que si cuando quise amé, no amar, en queriendo, espero. Toquen dentro. ¿Quién canta?

Anarda: Fabio con Clara.

Diana: ¡Ojalá que me diviertan!

Anarda: Música y amor conciertan bien; en la canción repara. Canten dentro. ¡Oh quién pudiera hacer, oh quién hiciese que en no queriendo amar aborreciese! ¡Oh quién pudiera hacer, oh quién hiciera que en no queriendo amar aborreciera!

Anarda: ¿Qué te dice la canción? ¿No ves que te contradice?

Diana: Bien entiendo lo que dice, mas yo sé mi condición, y sé que estará en mi mano, como amar, aborrecer.

Anarda: Quien tiene tanto poder pasa del límite humano.

Teodoro entra.

Teodoro: Fabio me ha dicho, señora, que le mandaste buscarme.

Diana: Horas ha que te deseo.

Teodoro: Pues ya vengo a que me mandes, y perdona si he faltado.

Diana: Ya has visto a estos dos amantes, estos dos mis pretendientes.

Teodoro: Sí, señora.

Diana: Buenos talles tienen los dos.

Teodoro: Y muy buenos. Iana. No quiero determinarme sin tu consejo. ¿Con cuál te parece que me case?

Teodoro: Pues ¿qué consejo, señora, puedo yo en las cosas darte que consisten en tu gusto? Cualquiera que quieras darme por dueño, será el mejor.

Diana: Mal pagas el estimarte por consejero, Teodoro, en caso tan importante.

Teodoro: Señora, en casa, ¿no hay viejos que entienden de casos tales? Otavio, tu mayordomo, con experiencia lo sabe, fuera de su larga edad.

Diana: Quiero yo que a ti te agrade el dueño que has de tener ¿Tiene el marqués mejor talle que mi primo?

Teodoro: Sí, señora.

Diana: Pues elijo al marqués; parte, y pídele las albricias.

Váyase la condesa.

Teodoro: ¿Hay desdicha semejante? ¿Hay resolución tan breve? ¿Hay mudanza tan notable? ¿Éstos eran los intentos que tuve? ¡Oh sol, abrasadme las alas con que subí (pues vuestro rayo deshace las mal atrevidas plumas) a la belleza de un ángel! Cayó Diana en su error. ¡Oh, qué mal hice en fiarme de una palabra amorosa!

¡Ay! ¡Cómo entre desiguales mal se concierta el amor! Pero ¿es mucho que me engañen aquellos ojos a mí, si pudieran ser bastantes a hacer engaños a Ulises? De nadie puedo quejarme sino de mí, pero en fin, ¿qué pierdo cuando me falte?

Haré cuenta que he tenido algún accidente grave, y que mientras me duró, imaginé disparates. No más; despedíos de ser, oh pensamiento arrogante, conde de Belflor; volved la proa a la antigua margen; queramos nuestra Marcela; para vos Marcela baste.

Señoras busquen señores; que amor se engendra de iguales; y pues en aire nacistes, quedad convertido en aire; que donde méritos faltan los que piensan subir, caen.

Sale Fabio.

Fabio: ¿Hablaste ya con mi señora?

Teodoro: Agora, Fabio, la hablé, y estoy con gran contento, porque ya la condesa mi señora rinde su condición al casamiento. Los dos que viste, cada cual la adora, mas ella, con su raro entendimiento, al marqués escogió.

Fabio: Discreta ha sido.

Teodoro: Que gane las albricias me ha pedido, mas yo, que soy tu amigo, quiero darte, Fabio, aqueste provecho; parte presto, y pídelas por mí.

Fabio: Si debo amarte, muestra la obligación en que me has puesto. Voy como un rayo, y volveré a buscarte, satisfecho de ti, contento

desto. Y alábese el marqués, que ha sido empresa de gran valor rendirse la condesa.

Vase Fabio y sale Tristán.

Tristán: Turbado a buscarte vengo. ¿Es verdad lo que me han dicho?

Teodoro: ¡Ay Tristán! Verdad será si son desengaños míos.

Tristán: Ya, Teodoro, en las dos sillas los dos batanes he visto que molieron a Diana, pero que hubiese elegido, hasta agora no lo sé.

Teodoro: Pues, Tristán, agora vino ese tornasol mudable, esa veleta, ese vidrio, ese río junto al mar, que vuelve atrás aunque es río; esa Diana, esa luna, esa mujer, ese hechizo, ese monstro de mudanzas, que sólo perderme quiso por afrentar sus vitorias; y que dijese me dijo cuál de los dos me agradaba, porque sin consejo mío no se pensaba casar.

Quedé muerto y tan perdido, que no responder locuras fue de mi locura indicio; díjome, en fin, que el marqués le agradaba y que yo mismo fuese a pedir las albricias.

Tristán: Ella, en fin, ¿tiene marido?

Teodoro: El marqués Ricardo.

Tristán: Pienso que a no verte sin juicio, y porque dar aflicción no es justo a los afligidos, que agora te diera vaya de aquel pensamiento altivo con que a ser conde aspirabas.

Teodoro: Si aspiré, Tristán, ya expiro.

Tristán: La culpa tienes de todo.

Teodoro: No lo niego, que yo he sido fácil en creer los ojos de una mujer.

Tristán: Yo te digo que no hay vasos de veneno a los mortales sentidos, Teodoro, como los ojos de una mujer.

Teodoro: De corrido, te juro, Tristán, que apenas puedo levantar los míos. Esto pasó, y el remedio es sepultar en olvido el suceso y el amor.

Tristán: ¡Qué arrepentido y contrito has de volver a Marcela!

Teodoro: Presto seremos amigos.

Sale Marcela.

Marcela: ¡Qué mal que finge amor quien no le tiene! ¡Qué mal puede olvidarse amor de un año, pues mientras más el pensamiento engaño, más atrevido a la memoria viene!

Pero si es fuerza y al honor conviene, remedio suele ser del desengaño curar el propio amor extraño; que no es poco remedio el que entretiene. Mas ¡ay! que imaginar que puede amarse en medio de otro amor es atreverse a dar mayor venganza por vengarse.

Mejor es esperar que no perderse, que suele alguna vez, pensando helarse, amor con los remedios encenderse.

Teodoro: Marcela.

Marcela: ¿Quién es?

Teodoro: Yo soy. ¿Así te olvidas de mí?

Marcela: Y tan olvidada estoy, que a no imaginar en ti fuera de mí misma voy. Porque si en mí misma fuera, te imaginara y te viera, que para no imaginarte, tengo el alma en otra parte, aunque olvidarte no quiera. ¿Cómo me osaste nombrar? ¿Cómo cupo en esa boca mi nombre?

Teodoro: Quise probar tu firmeza, y es tan poca que no me ha dado lugar. Ya dicen que se empleó tu cuidado en un sujeto que mi amor sostituyó.

Marcela: Nunca, Teodoro, el discreto mujer ni vidrio probó. Mas no me des a entender que prueba quisiste hacer; yo te conozco, Teodoro: unos pensamientos de oro te hicieron enloquecer. ¿Cómo te va? ¿No te salen como tú los imaginas? ¿No te cuestan lo que valen?

¿No hay dichas que las divinas partes de tu dueño igualen? ¿Qué ha sucedido? ¿Qué tienes? Turbado, Teodoro, vienes. ¿Mudóse aquel vendaval? ¿Vuelves a buscar tu igual, o te burlas y entretienes? Confieso que me holgaría que dieses a mi esperanza, Teodoro, un alegre día.

Teodoro: Si le quieres con venganza, ¿qué mayor, Marcela mía? Pero mira que el amor es hijo de la nobleza; no muestres tanto rigor; que es la venganza bajeza indigna del vencedor. Venciste: yo vuelvo a ti, Marcela, que no salí con aquel mi pensamiento. Perdona el atrevimiento, si ha quedado amor en ti.

No porque no puede ser proseguir las esperanzas con que te pude ofender, mas porque en estas mudanzas memorias me hacen volver. Sean, pues, estas memorias parte a despertar la tuya, pues confieso tus vitorias.

Marcela: No quiera Dios que destruya los principios de tus glorias. Sirve, bien haces, porfía, no te rindas, que dirá tu dueño que es cobardía; sigue tu dicha, que ya voy prosiguiendo la mía.

No es agravio amar a Fabio, pues me dejaste, Teodoro, sino el remedio más sabio, que aunque el dueño no mejoro, basta vengar el agravio. Y quédate a Dios, que ya me cansa el hablar contigo; no venga Fabio, que está medio casado conmigo.

Teodoro: Tenla, Tristán; que se va.

Tristán: Señora, señora, advierte que no es volver a quererte dejar de haberte querido. Disculpa el buscarte ha sido, si ha sido culpa ofenderte. Óyeme, Marcela, a mí.

Marcela: ¿Qué quieres, Tristán?

Tristán: Espera.

Salen la condesa y Anarda.

Diana: ¡Teodoro y Marcela aquí!

Anarda: ¿Parece que el ver te altera que estos dos se hablen ansí?

Diana: Toma, Anarda, esa antepuerta y cubrámonos las dos. Amor con celos despierta.

Marcela: Déjame, Tristán, por Dios.

Anarda: Tristán a los dos concierta, que deben de estar reñidos.

Diana: El alcahuete lacayo me ha quitado los sentidos.

Tristán: No pasó más presto el rayo que por sus ojos y oídos pasó la necia belleza desa mujer que le adora. Ya desprecia su riqueza, que más riqueza atesora tu gallarda gentileza. Haz cuenta que fue cometa aquel amor. Ven acá Teodoro.

Diana: ¡Brava estafeta es el lacayo!

Teodoro: Si ya Marcela a Fabio sujeta, dice que le tiene amor, ¿por qué me llamas Tristán?

Tristán: ¡Otro enojado!

Teodoro: Mejor. Los dos casarse podrán.

Tristán: ¿Tú también? ¡Bravo rigor! Ea, acaba, llega pues, dame esa mano, y después que se hagan las amistades.

Teodoro: Necio, ¿tú me persuades?

Tristán: Por mí quiero que le des la mano esta vez, señora.

Teodoro: ¿Cuándo he dicho yo a Marcela que he tenido a nadie amor? Y ella me ha dicho...

Tristán: Es cautela para vengar tu rigor.

Marcela: No es cautela, que es verdad.

Tristán: Calla, boba; ea, llegad. ¡Qué necios estáis los dos!

Teodoro: Yo rogaba mas por Dios, que no he de hacer amistad.

Marcela: Pues a mí me pase un rayo.

Tristán: No jures.

Marcela: Aunque le muestro enojo, ya me desmayo.

Tristán: Pues tente firme.

Diana: ¡Qué diestro está el bellaco lacayo!

Marcela: Déjame, Tristán, que tengo que hacer.

Teodoro: Déjala, Tristán.

Tristán: Por mí, vaya.

Teodoro: Tenla.

Marcela: Vengo, mi amor.

Tristán: ¿Cómo no se van ya, que a ninguno detengo?

Marcela: ¡Ay, mi bien! Ni puedo irme.

Teodoro: Ni yo, porque no es tan firme ninguna roca en la mar.

Marcela: Los brazos te quiero dar.

Teodoro: Y yo a los tuyos asirme.

Tristán: Si yo no era menester ¿por qué me hicistes cansar?

Anarda: ¿Desto gustas?

Diana: Vengo a ver lo poco que hay que fiar de un hombre y una mujer.

Teodoro: ¡Ay! ¡Qué me has dicho de afrentas!

Tristán: Yo he caído ya con veros juntar las almas contentas, que es desgracia de terceros no se concertar las ventas.

Marcela: Si te trocare, mi bien, por Fabio, ni por el mundo, que tus agravios me den la muerte.

Teodoro: Hoy de nuevo fundo, Marcela, mi amor también, y si te olvidare, digo que me dé el cielo en castigo el verte en brazos de Fabio.

Marcela: ¿Quieres deshacer mi agravio?

Teodoro: ¿Qué no haré por ti y contigo?

Marcela: Di que todas las mujeres son feas.

Teodoro: Contigo, es claro. Mira qué otra cosa quieres.

Marcela: En ciertos celos reparo, ya que tan mi amigo eres; que no importa que esté aquí Tristán.

Tristán: Bien podéis por mí, aunque de mí mismo sea.

Marcela: Di que la condesa es fea.

Teodoro: Y un demonio para mí.

Marcela: ¿No es necia?

Teodoro: Por todo extremo.

Marcela: ¿No es bachillera?

Teodoro: Es cuitada.

Diana: Quiero estorbarlos, que temo que no reparen en nada, y aunque me hielo, me quemo.

Anarda: ¡Ay señora! No hagas tal.

Tristán: Cuando queráis decir mal de la condesa y su talle, a mí me oíd.

Diana: ¿Escuchalle podré desvergüenza igual?

Tristán: Lo primero...

Diana: Yo no aguardo a lo segundo, que fuera necedad.

Marcela: Voyme, Teodoro.

Váyase con una reverencia Marcela.

Tristán: ¿La condesa?

Teodoro: ¡La condesa!

Diana: Teodoro.

Teodoro: Señora, advierte...

Tristán: El cielo a tronar comienza; no pienso aguardar los rayos.

Vase Tristán.

Diana: Anarda, un bufete llega. Escribiráme Teodoro una carta de su letra, pero notándola yo.

Teodoro: Todo el corazón me tiembla, si oyó lo que hablado habemos.

Diana: Bravamente amor despierta con los celos a los ojos. ¡Que aqueste amase a Marcela, y que yo no tenga partes para que también me quiera! ¡Que se burlasen de mí!

Teodoro: Ella murmura y se queja; bien digo yo que en palacio, para que a callar aprenda, tapices tienen oídos y paredes tienen lenguas.

Sale Anarda con un bufetillo pequeño y recado de escribir.

Anarda: Este pequeño he traído, y tu escribanía.

Diana: Llega, Teodoro, y toma la pluma.

Teodoro: Hoy me mata o me destierra.

Diana: Escribe.

Teodoro: Di.

Diana: No estás bien con la rodilla en la tierra; ponle, Anarda, una almohada.

Teodoro: Yo estoy bien.

Diana: Pónsela, necia.

Teodoro: No me agrada este favor sobre enojos y sospechas; que quien honra las rodillas cortar quiere la cabeza. Yo aguardo.

Diana: Yo digo ansí.

Teodoro: Mil cruces hacer quisiera. Siéntese la condesa en una silla alta. Ella diga y él vaya escribiendo.

Diana: «Cuando una mujer principal se ha declarado con un hombre humilde, eslo mucho el término de volver a hablar con otra, mas quien no estima su fortuna, quédese para necio.»

Teodoro: ¿No dices más?

Diana: Pues ¿qué más? El papel, Teodoro, cierra.

Anarda: ¿Qué es esto que haces, señora?

Diana: Necedades de amor llenas.

Anarda: Pues ¿a quién tienes amor?

Diana: ¿Aún no le conoces, bestia? Pues yo sé que le murmuran de mi casa hasta las piedras.

Teodoro: Ya el papel está cerrado; sólo el sobrescrito resta.

Diana: Pon, Teodoro, para ti, y no lo entienda Marcela; que quizá le entenderás cuando de espacio le leas.

Váyase y quede solo, y entre Marcela.

Teodoro: ¡Hay confusión tan extraña! ¡Que aquesta mujer me quiera con pausas, como sangría, y que tenga intercadencias el pulso de amor tan grandes!

Sale Marcela.

Marcela: ¿Qué te ha dicho la condesa, mi bien? Que he estado temblando detrás de aquella antepuerta.

Teodoro: Díjome que te quería casar con Fabio, Marcela, y este papel que escribí es que despacha a su tierra por los dineros del dote.

Marcela: ¿Qué dices?

Teodoro: Sólo que sea para bien, y pues te casas, que de burlas ni de veras tomes mi nombre en tu boca.

Marcela: Oye.

Teodoro: Es tarde para quejas.

Váyase.

Marcela: No, no puedo yo creer que aquesta la ocasión sea. Favores de aquesta loca le han hecho dar esta vuelta; que él está como arcaduz, que cuando baja, le llena del agua de su favor, y cuando sube, le mengua.

¡Ay de mí, Teodoro ingrato, que luego que su grandeza te toca al arma, me olvidas! Cuando te quiere me dejas, cuando te deja me quieres. ¿Quién ha de tener paciencia?

Sale el marqués y Fabio.

Ricardo: No pude, Fabio, detenerme un hora. Por tal merced le besaré las manos.

Fabio: Dile presto, Marcela, a mi señora que está el marqués aquí.

Marcela: Celos tiranos, celos crueles, ¿qué queréis agora, tras tantos locos pensamientos vanos?

Fabio: ¿No vas?

Marcela: Ya voy.

Fabio: Pues dile que ha venido nuestro nuevo señor y su marido.

Vase Marcela.

Ricardo: Id, Fabio, a mi posada; que mañana os daré mil escudos y un caballo de la casta mejor napolitana.

Fabio: Sabré, si no servillo, celebrallo.

Ricardo: Este es principio solo, que Diana os tiene por criado y por vasallo, y yo por sólo amigo.

Fabio: Esos pies beso.

Ricardo: No pago ansí; la obligación confieso.

Diana: ¿Vuseñoría aquí?

Ricardo: Pues ¿no era justo si me enviáis con Fabio tal recado, y que después de aquel mortal disgusto, me elegís por marido y por criado?

Dadme esos pies; que de manera el gusto de ver mi amor en tan dichoso estado me vuelve loco, que le tengo en poco si me contento con volverme loco. ¿Cuándo pensé, señora, mereceros, ni llegar a más bien que desearos?

Diana: No acierto, aunque lo intento, a responderos. ¿Yo he enviado a llamaros? O ¿es burlaros?

Ricardo: Fabio, ¿qué es esto?

Fabio: ¿Pude yo traeros sin ocasión agora, ni llamaros, menos que de Teodoro prevenido?

Diana: Señor marqués, Teodoro culpa ha sido. Oyóme anteponer a Federico vuestra persona, con ser primo hermano y caballero generoso y rico, y presumió que os daba ya la mano. A vuestra señoría le suplico perdone aquestos necios.

Ricardo: Fuera en vano dar a Fabio perdón, si no estuviera adonde vuestra imagen le valiera. Bésoos los pies por el favor, y espero que

ha de vencer mi amor esta porfía.

Váyase el marqués.

Diana: ¿Paréceos bien aquesto, majadero?

Fabio: ¿Por qué me culpa a mi vuseñoría?

Diana: Llamad luego a Teodoro. ¡Qué ligero este cansado pretensor venía, cuando me matan celos de Teodoro!

Fabio: Perdí el caballo y mil escudos de oro.

Váyase Fabio y quede la condesa sola.

Diana: ¿Qué me quieres, amor? ¿Ya no tenía olvidado a Teodoro? ¿Qué me quieres? Pero responderás que tú no eres, sino tu sombra, que detrás venía. ¡Oh celos! ¿Qué no hará vuestra porfía? Malos letrados sois con las mujeres, pues jamás os pidieron pareceres que pudiese el honor guardarse un día.

Yo quiero a un hombre bien, mas se me acuerda que yo soy mar y que es humilde barco, y que es contra razón que el mar se pierda. En gran peligro, amor, el alma embarco, mas si tanto el honor tira la cuerda, por Dios, que temo que se rompa el arco.

Sale Teodoro y Fabio.

Fabio: Pensó matarme el marqués; pero, la verdad diciendo, más sentí los mil escudos.

Teodoro: Yo quiero darte un consejo.

Fabio: ¿Cómo?

Teodoro: El conde Federico estaba perdiendo el seso porque el marqués se casaba. Parte y di que el casamiento se ha deshecho, y te dará esos mil escudos luego.

Fabio: Voy como un rayo.

Teodoro: Camina. ¿Llamábasme?

Diana: Bien ha hecho ese necio en irse agora.

Teodoro: Un hora he estado leyendo tu papel, y bien mirado, señora, tu pensamiento, hallo que mi cobardía procede de tu respeto; pero que ya soy culpado en tenerle, como necio, a tus muchas diligencias, y así, a decir me resuelvo que te quiero, y que es disculpa que con respeto te quiero.

Temblando estoy, no te espantes.

Diana: Teodoro, yo te lo creo. ¿Por qué no me has de querer, si soy tu señora y tengo tu voluntad obligada, pues te estimo y favorezco más que a los otros criados?

Teodoro: Ese lenguaje no entiendo.

Diana: No hay más que entender, Teodoro, ni pasar el pensamiento un átomo desta raya. Enfrena cualquier deseo; que de una mujer, Teodoro, tan principal, y más, siendo tus méritos tan humildes, basta un favor muy pequeño para que toda la vida vivas honrado y contento.

Teodoro: Cierto que vuseñoría (perdóneme si me atrevo) tiene en el juicio a veces, que no en el entendimiento, mil lúcidos intervalos.

¿Para qué puede ser bueno haberme dado esperanzas que en tal estado me han puesto, pues del peso de mis dichas caí, como sabe, enfermo casi un mes en una cama luego que tratamos desto, si cuando ve que me enfrío se abrasa de vivo fuego, y cuando ve que me abraso, se hiela de puro hielo?

Dejárame con Marcela. Mas viénele bien el cuento del Perro del Hortelano.

No quiere, abrasada en celos, que me case con Marcela; y en viendo que no la quiero, vuelve a quitarme el juicio, y a despertarme si duermo; pues coma o deje comer, porque yo no me sustento de es-

peranzas tan cansadas; que si no, desde aquí vuelvo a querer donde me quieren.

Diana: Eso no, Teodoro, advierto que Marcela no ha de ser. En otro cualquier sujeto pon los ojos; que en Marcela no hay remedio.

Teodoro: ¿No hay remedio? Pues ¿quiere vuseñoría que, si me quiere y la quiero, han de aprobar voluntades? ¿Tengo yo de tener puesto, adonde no tengo gusto, mi gusto por el ajeno? Yo adoro a Marcela y ella me adora, y es muy honesto este amor.

Diana: ¡Pícaro infame! Haré yo que os maten luego.

Teodoro: ¿Qué hace vuseñoría?

Diana: Daros, por sucio y grosero, estos bofetones.

Sale Fabio, y el conde Federico.

Fabio: Tente.

Federico: Bien dices, Fabio, no entremos. Pero mejor es llegar. Señora mía, ¿qué es esto?

Diana: No es nada: enojos que pasan entre criados y dueños.

Federico: ¿Quiere vuestra señoría alguna cosa?

Diana: No quiero más de hablaros en las mías.

Federico: Quisiera venir a tiempo, que os hallara con más gusto.

Diana: Gusto, Federico, tengo, que aquestas son niñerías. Entrad y sabréis mi intento en lo que toca al marqués.

Váyase Diana.

Federico: Fabio.

Fabio: Señor.

Federico: Yo sospecho que en estos disgustos hay algunos gustos secretos.

Fabio: No sé, por Dios. Admirado de ver, señor conde, quedo tratar tan mal a Teodoro, cosa que jamás ha hecho la condesa mi señora.

Federico: Bañóle de sangre el lienzo.

Váyanse Federico y Fabio.

Teodoro: Si aquesto no es amor, ¿qué nombre quieres, Amor, que tengan desatinos tales? Si así quieren mujeres principales, furias las llamo yo, que no mujeres. Si la grandeza excusa los placeres que iguales pueden ser en desiguales, ¿por qué, enemiga, de crueldad te vales, y por matar a quien adoras, mueres?

¡Oh mano poderosa de matarme! ¡Quién te besara entonces, mano hermosa, agradecido al dulce castigarme! No te esperaba yo tan rigurosa, pero si me castigas por tocarme, tú sola hallaste gusto en ser celosa.

Sale Tristán.

Tristán: Siempre tengo de venir acabados los sucesos; parezco espada cobarde.

Teodoro: ¡Ay Tristán!

Tristán: Señor, ¿qué es esto? ¡Sangre en el lienzo!

Teodoro: Con sangre quiere amor que de los celos entre la letra.

Tristán: Por Dios, que han sido celos muy necios.

Teodoro: No te espantes, que está loca de un amoroso deseo, y como el ejecutarle tiene su honor por desprecio, quiere deshacer mi rostro, porque es mi rostro el espejo adonde mira su honor, y véngase en verle feo.

Tristán: Señor, que Juana o Lucía cierren conmigo por celos, y me rompan con las uñas el cuello que ellas me dieron, que me repelen y arañen sobre averiguar por cierto que les hice un peso falso, vaya; es gente de pandero, de media de cordellate y de zapato frailesco; pero

que tan gran señora se pierda tanto el respeto a sí misma, es vil acción.

Teodoro: No sé, Tristán; pierdo el seso de ver que me está adorando y que me aborrece luego. No quiere que sea suyo ni de Marcela, y si dejo de mirarla, luego busca para hablarme algún enredo.

No dudes, naturalmente es del hortelano el perro: ni come ni comer deja, ni está fuera ni está dentro.

Tristán: Contáronme que un doctor, catedrático y maestro, tenía un ama y un mozo que siempre andaban riñendo. Reñían a la comida, a la cena, y hasta el sueño le quitaban con sus voces; que estudiar, no había remedio.

Estando en lición un día, fuele forzoso corriendo volver a casa, y entrando de improviso en su aposento, vio el ama y mozo acostados con amorosos requiebros, y dijo: «¡Gracias a Dios, que una vez en paz os veo!» Y esto imagino de entrambos, aunque siempre andáis riñendo.

Sale la condesa.

Diana: Teodoro.

Teodoro: Señora.

Tristán: ¿Es duende esta mujer?

Diana: Sólo vengo a saber cómo te hallas.

Teodoro: ¿Ya no lo ves?

Diana: ¿Estás bueno?

Teodoro: Bueno estoy.

Diana: ¿Y no dirás: «A tu servicio»?

Teodoro: No puedo estar mucho en tu servicio siendo tal el tratamiento.

Diana: ¡Qué poco sabes!

Teodoro: Tan poco que te siento y no te entiendo, pues no entiendo tus palabras, y tus bofetones siento; si no te quiero te enfadas, y enójaste si te quiero; escríbesme si me olvido, y si me acuerdo te ofendo; pretendes que yo te entienda, y si te entiendo soy necio.

Mátame o dame la vida; da un medio a tantos extremos.

Diana: ¿Hícete sangre?

Teodoro: Pues no.

Diana: ¿Adónde tienes el lienzo?

Teodoro: Aquí.

Diana: Muestra.

Teodoro: ¿Para qué?

Diana: Para que esta sangre quiero. Habla a Otavio, a quien agora mandé que te diese luego dos mil escudos, Teodoro.

Teodoro: ¿Para qué?

Diana: Para hacer lienzos.

Váyase la condesa.

Teodoro: ¡Hay disparates iguales!

Tristán: ¡Qué encantamientos son estos!

Teodoro: Dos mil escudos me ha dado.

Tristán: Bien puedes tomar al precio otros cuatro bofetones.

Teodoro: Dice que son para lienzos y llevó el mío con sangre.

Tristán: Pagó la sangre y te ha hecho doncella por las narices.

Teodoro: No anda mal agora el perro, pues después que muerde halaga.

Tristán: Todos aquestos extremos han de parar en el ama del doctor.

Teodoro: ¡Quiéralo el cielo!

Acto tercero

Salen Federico y Ricardo.

Ricardo: ¿Esto vistes?

Federico: Esto vi.

Ricardo: ¿Y que le dio bofetones?

Federico: El servir tiene ocasiones, mas no lo son para mí, que al poner una mujer de aquellas prendas la mano al rostro de un hombre, es llano que otra ocasión puede haber. Y bien veis que lo acredita el andar tan mejorado.

Ricardo: Ella es mujer y él criado.

Federico: Su perdición solicita. La fábula que pintó el filósofo moral de las dos ollas, ¡qué igual hoy a los dos la vistió! Era de barro la una, la otra de cobre o hierro, que un río a los pies de un cerro llevó con varia fortuna.

Desvióse la de barro de la de cobre, temiendo que la quebrase, y yo entiendo pensamiento tan bizarro del hombre y de la mujer, hierro y barro, y no me espanto, pues acercándose tanto, por fuerza se han de romper.

Ricardo: La altivez y bizarría de Diana me admiró, y bien puede ser que yo viese y no viese aquel día, mas ver caballos y pajes en Teodoro, y tantas galas, ¿qué son sino nuevas alas? Pues criados, oro y trajes no los tuviera Teodoro sin ocasión tan notable.

Federico: Antes que desto se hable en Nápoles y el decoro de vuestra sangre se ofenda, sea o no sea verdad, ha de morir.

Ricardo: Y es piedad matarle, aunque ella lo entienda.

Federico: ¿Podrá ser?

Ricardo: Bien puede ser, que hay en Nápoles quien vive de eso y en oro recibe lo que en sangre ha de volver. No hay más de buscar un bravo, y que le despache luego.

Federico: Por la brevedad os ruego.

Ricardo: Hoy tendrá su justo pago semejante atrevimiento.

Federico: ¿Son bravos éstos?

Ricardo: Sin duda.

Federico: El cielo ofendido ayuda vuestro justo pensamiento.

Salen Furio, Antonelo y Lirano, lacayos y Tristán, vestido de nuevo.

Furio: Pagar tenéis el vino en alboroque del famoso vestido que os han dado.

Antonelo: Eso bien sabe el buen Tristán que es justo.

Tristán: Digo, señores, que de hacerlo gusto.

Lirano: Bravo salió el vestido.

Tristán: Todo aquesto es cosa de chacota y zarandajas, respeto del lugar que tendré presto. Si no muda los bolos la fortuna, secretario he de ser del secretario.

Lirano: Mucha merced le hace la condesa a vuestro amo, Tristán.

Tristán: Es su privanza, es su mano derecha y es la puerta por donde se entra a su favor.

Antonelo: Dejemos favores y fortunas, y bebamos.

Furio: En este tabernáculo sospecho que hay lágrima famosa y malvasía.

Tristán: Probemos vino greco; que deseo hablar en griego, y con beberlo basta.

Ricardo: Aquel moreno del color quebrado me parece el más bravo, pues que todos le estiman, hablan y hacen cortesía. Celio...

Celio: Señor.

Ricardo: De aquellos gentileshombres llama al descolorido.

Celio: ¡Ah caballero! Antes que se entre en esa santa ermita, el marqués, mi señor, hablarle quiere.

Tristán: Camaradas, allí me llama un príncipe; no puedo rehusar el ver qué manda. Entren, y tomen siete o ocho azumbres, y aperciban dos dedos de formache, en tanto que me informo de su gusto.

Antonelo: Pues despachad a prisa.

Tristán: Iré volando. ¿Qué es lo que manda vuestra señoría?

Ricardo: El veros entre tanta valentía nos ha obligado, al conde Federico y a mí, para saber si seréis hombre para matar un hombre.

Tristán: ¡Vive el cielo, que son los pretendientes de mi ama y que hay algún enredo! Fingir quiero.

Federico: ¿No respondéis?

Tristán: Estaba imaginando si vuestra señoría está burlando de nuestro modo de vivir. Pues vive el que reparte fuerzas a los hombres, que no hay en toda Nápoles espada que no tiemble de sólo el nombre mío. ¿No conocéis a Héctor?

Pues no hay Héctor adonde está mi furibundo brazo; que si él lo fue de Troya, yo de Italia.

Federico: Éste es, marqués, el hombre que buscamos. Por vida de los dos, que no burlamos, sino que si tenéis conforme al nombre el

ánimo y queréis matar a un hombre, que os demos el dinero que quisiéredes.

Tristán: Con docientos escudos me contento, y sea el diablo.

Ricardo: Yo os daré trecientos, y despachalde aquesta noche.

Tristán: El nombre del hombre espero, y parte del dinero.

Ricardo: ¿Conocéis a Diana, la condesa de Belflor?

Tristán: Y en su casa tengo amigos.

Ricardo: ¿Mataréis un criado de su casa?

Tristán: Mataré los criados y criadas y los mismos frisones de su coche.

Ricardo: Pues a Teodoro habéis de dar la muerte.

Tristán: Eso ha de ser, señores, de otra suerte, porque Teodoro, como yo he sabido, no sale ya de noche, temeroso por ventura de haberos ofendido; que le sirva estos días me ha pedido.

Dejádmele servir, y yo os ofrezco de darle alguna noche dos mojadas, con que el pobreto in pace requiescat y yo quede seguro y sin sospecha. ¿Es algo lo que digo?

Federico: No pudiera hallarse en toda Nápoles un hombre que tan seguramente le matara. Servilde, pues, y así al descuido un día pegalde, y acudid a nuestra casa.

Tristán: Yo he menester agora cien escudos.

Ricardo: Cincuenta tengo en esta bolsa; luego que yo os vea en su casa de Diana, os ofrezco los ciento y muchos cientos.

Tristán: Eso de muchos cientos no me agrada. Vayan vusiñorías en buen hora, que me aguardan Mastranzo, Rompe-muros, Mano de hierro, Arfuz y Espanta-diablos, y no quiero que acaso piensen algo.

Ricardo: Decís muy bien; adiós.

Federico: ¡Qué gran ventura!

Ricardo: A Teodoro contalde por difunto.

Federico: El bellacón, ¡qué bravo talle tiene!

Váyanse Federico, Ricardo y Celio.

Tristán: Avisar a Teodoro me conviene. Perdone el vino greco, y los amigos. A casa voy, que está de aquí muy lejos. Mas éste me parece que es Teodoro.

Sale Teodoro.

Tristán: Señor, ¿adónde vas?

Teodoro: Lo mismo ignoro, porque de suerte estoy, Tristán amigo, que no sé dónde voy ni quién me lleva. Solo y sin alma, el pensamiento sigo que al sol me dice que la vista atreva. Ves cuánto ayer Diana habló conmigo.

Pues hoy de aquel amor se halló tan nueva que apenas jurarás que me conoce, porque Marcela de mi mal se goce.

Tristán: Vuelve hacia casa; que a los dos importa que no nos vean juntos.

Teodoro: ¿De qué suerte?

Tristán: Por el camino te diré quién corta los pasos dirigidos a tu muerte.

Teodoro: ¿Mi muerte? Pues ¿por qué?

Tristán: La voz reporta y la ocasión de tu remedio advierte: Ricardo y Federico me han hablado, y que te dé la muerte concertado.

Teodoro: ¿Ellos a mí?

Tristán: Por ciertos bofetones el amor de tu dueño conjeturan, y pensando que soy de los leones que a tales homicidios se aventuran,

tu vida me han trocado a cien doblones, y con cincuenta escudos me aseguran.

Yo dije que un amigo me pedía que te sirviese, y que hoy te serviría donde más fácilmente te matase, a efecto de guardarte desta suerte.

Teodoro: ¡Pluguiera a Dios que alguno me quitase la vida y me sacase desta muerte!

Tristán: ¿Tan loco estás?

Teodoro: No quieres que me abrase por tan dulce ocasión, Tristán, advierte que si Diana algún camino hallara de disculpa, conmigo se casara. Teme su honor, y cuando más se abrasa, se hiela y me desprecia.

Tristán: Si te diese remedio, ¿qué dirás?

Teodoro: Que a ti se pasa de Ulises el espíritu.

Tristán: Si fuese tan ingenioso que a tu misma casa un generoso padre te trajese con que fueses igual a la condesa, ¿no saldrías, señor, con esta empresa?

Teodoro: Eso es sin duda.

Tristán: El conde Ludovico, caballero ya viejo, habrá veinte años que enviaba a Malta un hijo de tu nombre que era sobrino de su gran maestre; cautiváronle moros de Biserta, y nunca supo dél muerto, ni vivo; éste ha de ser tu padre, y tú su hijo, y yo lo he de trazar.

Teodoro: Tristán, advierte que puedes levantar alguna cosa que nos cueste a los dos la honra y vida.

Tristán: A casa hemos llegado. A Dios te queda; que tú serás marido de Diana antes que den las doce de mañana.

Váyase Tristán.

Teodoro: Bien al contrario pienso yo dar medio a tanto mal, pues el amor bien sabe que no tiene enemigo que le acabe con más facilidad que tierra en medio.

Tierra quiero poner, pues que remedio, con ausentarme, amor, rigor tan grave, pues no hay rayo tan fuerte que se alabe que entró en la tierra, de tu ardor remedio. Todos los que llegaron a este punto, poniendo tierra en medio te olvidaron; que en tierra al fin le resolvieron junto.

Y la razón que de olvidar hallaron, es que amor se confiesa por difunto, pues que con tierra en medio le enterraron.

Sale la condesa.

Diana: ¿Estás ya mejorado de tus tristezas, Teodoro?

Teodoro: Si en mis tristezas adoro, sabré estimar mi cuidado. No quiero yo mejorar de la enfermedad que tengo, pues sólo a estar triste vengo, cuando imagino sanar. ¡Bien hayan males que son tan dulce para sufrir, que se ve un hombre morir, y estima su perdición!

Sólo me pesa que ya esté mi mal en estado que he de alejar mi cuidado de donde su dueño está.

Diana: ¿Ausentarte? Pues ¿por qué?

Teodoro: Quiérenme matar.

Diana: Sí harán.

Teodoro: Envidia a mi mal tendrán, que bien al principio fue. Con esta ocasión, te pido licencia para irme a España.

Diana: Será generosa hazaña de un hombre tan entendido, que con esto quitarás la ocasión de tus enojos, y aunque des agua a mis ojos, honra a mi casa darás. Que desde aquel bofetón, Federico me ha tratado como celoso, y me ha dado para dejarte ocasión.

Vete a España, que yo haré que te den seis mil escudos.

Teodoro: Haré tus contrarios mudos con mi ausencia. Dame el pie.

Diana: Anda, Teodoro. No más; déjame, que soy mujer.

Teodoro: Llora, mas ¿qué puedo hacer?

Diana: En fin, Teodoro, ¿te vas?

Teodoro: Sí, señora.

Diana: Espera. Vete. Oye.

Teodoro: ¿Qué mandas?

Diana: No, nada; vete.

Teodoro: Voyme.

Diana: Estoy turbada. ¿Hay tormento que inquiete como una pasión de amor? ¿No eres ido?

Teodoro: Ya, señora, me voy.

Vase Teodoro.

Diana: ¡Buena quedo agora! ¡Maldígate Dios, honor! Temeraria invención fuiste, tan opuesta al propio gusto. ¿Quién te inventó? Mas fue justo, pues que tu freno resiste tantas cosas tan mal hechas.

Sale Teodoro.

Teodoro: Vuelvo a saber si hoy podré partirme.

Diana: Ni yo lo sé, ni tú, Teodoro, sospechas que me pesa de mirarte, pues que te vuelves aquí.

Teodoro: Señora, vuelvo por mí, que no estoy en otra parte, y como me he de llevar, vengo para que me des a mí mismo.

Diana: Si después te has de volver a buscar, no me pidas que te dé. Pero vete, que el amor lucha con mi noble honor, y vienes tú a ser traspié. Vete, Teodoro, de aquí; no te pidas, aunque puedas, que yo sé que si te quedas, allá me llevas a mí.

Teodoro: Quede vuestra señoría con Dios.

Diana: ¡Maldita ella sea, pues me quita que yo sea de quien el alma quería!

Váyase.

Diana: ¡Buena quedo yo, sin quien era luz de aquestos ojos! Pero sientan sus enojos; quien mira mal, llore bien.

Ojos, pues os habéis puesto en cosa tan desigual, pagad el mirar tan mal, que no soy la culpa desto; mas no lloren, que también tiempla el mal llorar los ojos, pero sientan sus enojos; quien mira mal, llore bien, aunque tendrán ya pensada la disculpa para todo; que el sol los pone en el lodo, y no se le pega nada.

Luego bien es que no den en llorar. Cesad, mis ojos. Pero sientan sus enojos; quien mira mal, llore bien.

Sale Marcela.

Marcela: Si puede la confianza de los años de servirte humildemente pedirte lo que justamente alcanza, a la mano te ha venido la ocasión de mi remedio, y poniendo tierra en medio, no verme si te he ofendido.

Diana: ¿De tu remedio, Marcela? ¿Cuál ocasión? Que aquí estoy.

Marcela: Dicen que se parte hoy, por peligros que recela, Teodoro a España, y con él puedes casada enviarme, pues no verme es remediarme.

Diana: ¿Sabes tú qué querrá él?

Marcela: Pues ¿pidiérate yo a ti, sin tener satisfación, remedio en esta ocasión?

Diana: ¿Hasle hablado?

Marcela: Y él a mí, pidiéndome lo que digo.

Diana: ¡Qué a propósito me viene esta desdicha!

Marcela: Ya tiene tratado aquesto conmigo, y el modo con que podemos ir con más comodidad.

Diana: ¡Ay, necio honor!, perdonad, que amor quiere hacer extremos. Pero no será razón, pues que podéis remediar fácilmente este pesar.

Marcela: ¿No tomas resolución?

Diana: No podré vivir sin ti, Marcela, y haces agravio a mi amor, y aun al de Fabio, que sé yo que adora en ti. Yo te casaré con él, deja partir a Teodoro.

Marcela: A Fabio aborrezco, adoro a Teodoro.

Diana: ¡Qué cruel ocasión de declararme! ¡Mas teneos, loco amor! Fabio te estará mejor.

Marcela: Señora.

Diana: No hay replicarme.

Váyase.

Marcela: ¿Qué intentan imposibles mis sentidos, contra tanto poder determinados, que celos poderosos declarados harán un desatino resistidos? Volved, volved atrás, pasos perdidos, que corréis a mi fin precipitados; árboles son amores desdichados, a quien el hielo marchitó floridos.

Alegraron el alma las colores que el tirano poder cubrió de luto; que hiela ajeno amor muchos amores. Y cuando de esperar daba tributo, ¿qué importa la hermosura de las flores, si se perdieron esperando el fruto?

Sale el conde Ludovico viejo, y Camilo.

Camilo: Para tener sucesión, no te queda otro remedio.

Ludovico: Hay muchos años en medio que mis enemigos son, y aunque tiene esa disculpa el casarse en la vejez, quiere el temor ser juez, y ha de averiguar la culpa.

Y podría suceder que sucesión no alcanzase, y casado me quedase; y en un viejo una mujer es en un olmo una hiedra, que aunque con tan varios lazos la cubre de sus abrazos, él se seca y ella medra.

Y tratarme casamientos es traerme a la memoria, Camilo, mi antigua historia y renovar mis tormentos. Esperando cada día con engaños a Teodoro, veinte años ha que le lloro.

Sale un paje.

Paje: Aquí a vuestra señoría busca un griego mercader.

Sale Tristán vestido de armenio con un turbante graciosamente, y Furio con otro.

Ludovico: Di que entre.

Tristán: Dadme esas manos, y los cielos soberanos con su divino poder os den el mayor consuelo que esperáis.

Ludovico: Bien seáis venido, mas ¿qué causa os ha traído por este remoto suelo?

Tristán: De Constantinopla vine a Chipre, y della a Venecia con una nave cargada de ricas telas de Persia.

Acordéme de una historia que algunos pasos me cuesta; y con deseos de ver a Nápoles, ciudad bella, mientras allá mis criados van despachando las telas, vine como veis aquí, donde mis ojos confiesan su grandeza y hermosura.

Ludovico: Tiene hermosura y grandeza Nápoles.

Tristán: Así es verdad. Mi padre, señor, en Grecia fue mercader, y en su trato el de más ganancia era comprar y vender esclavos, y ansí,

en la feria de Azteclias, compró un niño, el más hermoso que vio la naturaleza, por testigo del poder que le dio el cielo en la tierra.

Vendíanle algunos turcos, entre otra gente bien puesta, a una galera de Malta que las de un bajá turquescas prendió en la Chafalonia.

Ludovico: Camilo, el alma me altera.

Tristán: Aficionado al rapaz, compróle y llevóle a Armenia, donde se crió conmigo y una hermana.

Ludovico: Amigo, espera, espera, que me traspasas las entrañas.

Tristán: ¡Qué bien entra!

Ludovico: ¿Dijo cómo se llamaba?

Tristán: Teodoro.

Ludovico: ¡Ay cielo! ¡Qué fuerza tiene la verdad! De oírte lágrimas mis canas riegan.

Tristán: Serpalitonia, mi hermana, y este mozo (¡nunca fuera tan bello!) con la ocasión de la crianza, que engendra al amor que todos saben, se amaron desde la tierna edad; y a deciséis años, de mi padre, en cierta ausencia, ejecutaron su amor, y creció de suerte en ella que se le echaba de ver, con cuyo temor se ausenta Teodoro, y para parir a Serpalitonia deja.

Catiborratos, mi padre, no sintió tanto la ofensa como el dejarle Teodoro. Murió en efeto de pena, y bautizamos su hijo (que aquella parte de Armenia tiene vuestra misma ley, aunque es diferente iglesia); llamamos al bello niño Terimaconio, que queda un bello rapaz agora en la ciudad de Tepecas.

Andando en Nápoles yo mirando cosas diversas, saqué un papel en que traje deste Teodoro las señas, y preguntando por él, me dijo una esclava griega que en mi posada servía: «¿Cosa que ese mozo sea el del conde Ludovico?»

Diome el alma una luz nueva, y doy en que os he de hablar, y por entrar en la vuestra, entro, según me dijeron, en casa de la condesa de Belflor, y al primer hombre que pregunto...

Ludovico: Ya me tiembla el alma.

Tristán: Veo a Teodoro.

Ludovico: ¡A Teodoro!

Tristán: Él bien quisiera huirse, pero no pudo; dudé un poco, y era fuerza, porque el estar ya barbado tiene alguna diferencia. Fui tras él, asíle en fin, hablóme, aunque con vergüenza, y dijo que no dijese a nadie en casa quién era, porque el haber sido esclavo no diese alguna sospecha. Díjele:

«Si yo he sabido que eres hijo en esta tierra de un título, ¿por qué tienes la esclavitud por bajeza?»

Hizo gran burla de mí, y yo, por ver si concuerda tu historia con la que digo, vine a verte y a que tengas, si es verdad que éste es tu hijo, con tu nieto alguna cuenta, o permitas que mi hermana con él a Nápoles venga, no para tratar casarse, aunque le sobra nobleza, mas porque Terimaconio tan ilustre abuelo vea.

Ludovico: Dame mil veces tus brazos; que el alma con sus potencias que es verdadera tu historia en su regocijo muestran. ¡Ay, hijo del alma mía, tras tantos años de ausencia hallado para mi bien! Camilo, ¿qué me aconsejas? ¿Iré a verle y conocerle?

Camilo: ¿Eso dudas? Parte, vuela, y añade vida en sus brazos a los años de tus penas.

Ludovico: Amigo, si quieres ir conmigo, será más cierta mi dicha; si descansar, aquí aguardando te queda, y dente por tanto bien toda mi casa y hacienda; que no puedo detenerme.

Tristán: Yo dejé, puesto que cerca, ciertos diamantes que traigo, y volveré cuando vuelvas. Vamos de aquí, Mercaponios.

Furio: Vamos, señor.

Tristán: Bien se entrecas el engañifo.

Furio: Muy bonis.

Tristán: Andemis.

Camilo: ¡Extraña lengua!

Ludovico: Vente, Camilo, tras mí.

Váyanse el conde y Camilo.

Tristán: ¿Trasponen?

Furio: El viejo vuela sin aguardar coche o gente.

Tristán: ¿Cosa que esto verdad sea, y que éste fuese Teodoro?

Furio: ¿Mas si en mentira como ésta hubiese alguna verdad?

Tristán: Estas almalafas lleva, que me importa desnudarme porque ninguno me vea de los que aquí me conocen.

Furio: Desnuda presto.

Tristán: ¡Que pueda esto el amor de los hijos!

Furio: ¿Adónde te aguardo?

Tristán: Espera, Furio, en la choza del olmo.

Furio: Adiós.

Váyase Furio.

Tristán: ¡Qué tesoro llega al ingenio! Aquí debajo traigo la capa revuelta, que como medio sotana me la puse, porque hubiera más lugar en el peligro de dejar en una puerta, con el armenio turbante, las hopalandas greguescas.

Salen Ricardo y Federico.

Federico: Digo que es éste el matador valiente que a Teodoro ha de dar muerte segura.

Ricardo: ¡Ah hidalgo!, ¿ansí se cumple entre la gente que honor profesa y que opinión procura lo que se prometió tan fácilmente?

Tristán: Señor...

Federico: ¿Somos nosotros por ventura de los iguales vuestros?

Tristán: Sin oírme, no es justo que mi culpa se confirme. Yo estoy sirviendo al mísero Teodoro, que ha de morir por esta mano airada, pero puede ofender vuestro decoro públicamente ensangrentar mi espada.

Es la prudencia un celestial tesoro, y fue de los antiguos celebrada por única virtud; estén muy ciertos que le pueden contar entre los muertos.

Estáse melancólico de día, y de noche cerrado en su aposento; que alguna cuidadosa fantasía le debe de ocupar el pensamiento; déjenme a mí, que una mojada fría pondrá silencio a su vital aliento, y no se precipiten desa suerte; que yo sé cuándo le he dar la muerte.

Federico: Paréceme, marqués, que el hombre acierta. Ya que le sirve, ha comenzado el caso; no dudéis, matarále.

Ricardo: Cosa es cierta. Por muerto le contad.

Federico: Hablemos paso.

Tristán: En tanto que esta muerte se concierta, vusiñorías, ¿no tendrán acaso cincuenta escudos? Que comprar querría un rocín que volase el mismo día.

Ricardo: Aquí los tengo yo; tomad seguro de que en saliendo con aquesta empresa lo menos es pagaros.

Tristán: Yo aventuro la vida, que servir buenos profesa. Con esto, adiós; que no me vean procuro hablar desde el balcón de la condesa con vuestras señorías.

Federico: Sois discreto.

Tristán: Ya lo verán al tiempo del efeto.

Federico: Bravo es el hombre.

Ricardo: Astuto y ingenioso.

Federico: Que bien le ha de matar.

Ricardo: Notablemente.

Sale Celio.

Celio: ¿Hay caso más extraño y fabuloso?

Federico: ¿Qué es esto, Celio? ¿Dónde vas? Detente.

Celio: Un suceso notable y riguroso para los dos. ¿No veis aquella gente que entra en casa del conde Ludovico?

Ricardo: ¿Es muerto?

Celio: Que me escuches te suplico. A darle van el parabién contentos de haber hallado un hijo que ha perdido.

Ricardo: Pues ¿qué puede ofender nuestros intentos que le haya esa ventura sucedido?

Celio: ¿No importa a los secretos pensamientos que con Diana habéis los dos tenido, que sea aquel Teodoro, su criado, hijo del conde?

Federico: El alma me has turbado.

Ricardo: ¿Hijo del conde? Pues ¿de qué manera se ha venido a saber?

Celio: Es larga historia, y cuéntanla tan varia, que no hubiera para tomarla tiempo ni memoria.

Federico: ¡A quién mayor desdicha sucediera!

Ricardo: Trocóse en pena mi esperada gloria.

Federico: Yo quiero ver lo que es.

Ricardo: Yo, conde, os sigo.

Celio: Presto veréis que la verdad os digo.

Váyanse y salga Teodoro de camino y Marcela.

Marcela: En fin, Teodoro, ¿te vas?

Teodoro: Tú eres causa desta ausencia, que en desigual competencia no resulta bien jamás.

Marcela: Disculpas tan falsas das como tu engaño lo ha sido, porque haberme aborrecido y haber amado a Diana lleva tu esperanza vana sólo a procurar su olvido.

Teodoro: ¿Yo a Diana?

Marcela: Niegas tarde, Teodoro, el loco deseo con que perdido te veo de atrevido y de cobarde: cobarde en que ella se guarde el respeto que se debe, y atrevido, pues se atreve tu bajeza a su valor; que entre el honor y el amor hay muchos montes de nieve.

Vengada quedo de ti, aunque quedo enamorada, porque olvidaré vengada, que el amor olvida ansí. Si te acordares de mí, imagina que te olvido, porque me quieras; que ha sido siempre, porque suele hacer que vuelva un hombre a querer, pensar que es aborrecido.

Teodoro: ¡Qué de quimeras tan locas, para casarte con Fabio!

Marcela: Tú me casas, que al agravio de tu desdén me provocas.

Sale Fabio.

Fabio: Siendo las horas tan pocas que aquí Teodoro ha de estar, bien haces, Marcela, en dar ese descanso a tus ojos.

Teodoro: No te den celos enojos que han de pasar tanto mar.

Fabio: En fin, ¿te vas?

Teodoro: ¿No lo ves?

Fabio: Mi señora viene a verte.

Sale la condesa, y Dorotea y Anarda.

Diana: ¡Ya, Teodoro, desta suerte!

Teodoro: Alas quisiera en los pies, cuanto más, señora, espuelas.

Diana: ¡Hola! ¿Está esa ropa a punto?

Anarda: Todo está aprestado y junto.

Fabio: En fin, ¿se va?

Marcela: ¿Y tú me celas?

Diana: Oye aquí aparte.

Teodoro: Aquí estoy a tu servicio. los dos.

Diana: Teodoro, tú te partes, yo te adoro.

Teodoro: Por tus crueldades me voy.

Diana: Soy quien sabes. ¿Qué he de hacer?

Teodoro: ¿Lloras?

Diana: No, que me ha caído algo en los ojos.

Teodoro: ¿Si ha sido amor?

Diana: Sí debe de ser, pero mucho antes cayó, y agora salir querría.

Teodoro: Yo me voy, señora mía; yo me voy, el alma no. Sin ella tengo de ir, no hago al serviros falta, porque hermosura tan alta con almas se ha de servir. ¿Qué me mandáis? Porque yo soy vuestro.

Diana: ¡Qué triste día!

Teodoro: Yo me voy, señora mía; yo me voy, el alma no.

Diana: ¿Lloras?

Teodoro: No, que me ha caído algo, como a ti, en los ojos.

Diana: Deben de ser mis enojos.

Teodoro: Eso debe de haber sido.

Diana: Mil niñerías te he dado, que en un baúl hallarás; perdona, no pude más. Si le abrieres, ten cuidado de decir, como a despojos de vitoria tan tirana: «Aquestos puso Diana con lágrimas en sus ojos».

Anarda: Perdidos los dos están.

Dorotea: ¡Qué mal se encubre el amor!

Anarda: Quedarse fuera mejor. Manos y prendas se dan.

Dorotea: Diana ha venido a ser el perro del hortelano.

Anarda: Tarde le toma la mano.

Dorotea: O coma o deje comer.

Sale el conde Ludovico, y Camilo.

Ludovico: Bien puede el regocijo dar licencia, Diana ilustre, a un hombre de mis años para entrar desta suerte a visitaros.

Diana: Señor conde, ¿qué es esto?

Ludovico: Pues ¿vos sola no sabéis lo que sabe toda Nápoles? Que en un instante que llegó la nueva, apenas me han dejado por las calles, ni he podido llegar a ver mi hijo.

Diana: ¿Qué hijo? Que no te entiendo el regocijo.

Ludovico: ¿Nunca vuseñoría de mi historia ha tenido noticia, y que ha veinte años que enviaba un niño a Malta con su tío, y que le cautivaron las galeras de Ali Bajá?

Diana: Sospecho que me han dicho ese suceso vuestro.

Ludovico: Pues el cielo me ha dado a conocer el hijo mío después de mil fortunas que ha pasado.

Diana: Con justa causa, conde, me habéis dado tan buena nueva.

Ludovico: Vos, señora mía, me habéis de dar, en cambio de la nueva, el hijo mío, que sirviéndoos vive, bien descuidado de que soy su padre. ¡Ay, si viviera su difunta madre!

Diana: ¿Vuestro hijo me sirve? ¿Es Fabio acaso?

Ludovico: No, señora, no es Fabio, que es Teodoro.

Diana: ¡Teodoro!

Ludovico: Sí, señora.

Teodoro: ¿Cómo es esto?

Diana: Habla, Teodoro, si es tu padre el conde.

Ludovico: Luego, ¿es aquéste?

Teodoro: Señor conde, advierta vuseñoría...

Ludovico: No hay que advertir, hijo, hijo de mis entrañas, sino sólo el morir en tus brazos.

Diana: ¡Caso extraño!

Anarda: ¡Ay, señora! ¡Teodoro es caballero tan principal y de tan alto estado!

Teodoro: Señor, yo estoy sin alma, de turbado. ¿Hijo soy vuestro?

Ludovico: Cuando no tuviera tanta seguridad, el verte fuera de todas la mayor. ¡Qué parecido a cuando mozo fui!

Teodoro: Los pies te pido, y te suplico...

Ludovico: No me digas nada, que estoy fuera de mí ¡Qué gallardía! ¡Dios te bendiga! ¡Qué real presencia! ¡Qué bien que te escribió naturaleza en la cara, Teodoro, la nobleza!

Vamos de aquí; ven luego, luego toma posesión de mi casa y de mi hacienda; ven a ver esas puertas coronadas de las armas más nobles deste reino.

Teodoro: Señor, yo estaba de partida a España, y así me importa.

Ludovico: ¿Cómo a España? ¡Bueno! España son mis brazos.

Diana: Yo os suplico, señor conde, dejéis aquí a Teodoro hasta que se reporte y en buen hábito vaya a reconoceros como hijo; que no quiero que salga de mi casa con aqueste alboroto de la gente.

Ludovico: Habláis como quien sois tan cuerdamente. Dejarle siento por un breve instante, mas porque más rumor no se levante me iré, rogando a vuestra señoría que sin mi bien no me anochezca el día.

Diana: Palabra os doy.

Ludovico: Adiós, Teodoro mío.

Teodoro: Mil veces beso vuestros pies.

Ludovico: Camilo, venga la muerte agora.

Camilo: ¡Qué gallardo mancebo que es Teodoro!

Ludovico: Pensar poco quiero este bien, por no volverme loco.

Váyase el conde y lleguen todos los criados a Teodoro.

Dorotea: Danos a todos las manos.

Anarda: Bien puedes, por gran señor.

Dorotea: Hacernos debes favor.

Marcela: Los señores que son llanos conquistan las voluntades. Los brazos nos puedes dar.

Diana: Apartaos, dadme lugar, no le digáis necedades. Déme vuestra señoría las manos, señor Teodoro.

Teodoro: Agora esos pies adoro, y sois más señora mía.

Diana: Salíos todos allá; dejadme con él un poco.

Marcela: ¿Qué dices, Fabio?

Fabio: Estoy loco.

Dorotea: ¿Qué te parece?

Anarda: Que ya mi ama no querrá ser el perro del hortelano.

Dorotea: ¿Comerá ya?

Anarda: Pues ¿no es llano?

Dorotea: Pues reviente de comer.

Váyanse los criados.

Diana: ¿No te vas a España?

Teodoro: ¿Yo?

Diana: ¿No dice vuseñoría: «Yo me voy, señora mía, yo me voy, el alma no».

Teodoro: Burlas de ver los favores de la fortuna.

Diana: Haz extremos.

Teodoro: Con igualdad nos tratemos, como suelen los señores, pues todos lo somos ya.

Diana: Otro me pareces.

Teodoro: Creo que estás con menos deseo; pena el ser tu igual te da. Quisiérasme tu criado, porque es costumbre de amor querer que sea inferior lo amado.

Diana: Estás engañado, porque agora serás mío y esta noche he de casarme contigo.

Teodoro: No hay más que darme; fortuna, tente.

Diana: Confío que no ha de haber en el mundo tan venturosa mujer. Vete a vestir.

Teodoro: Iré a ver el mayorazgo que hoy fundo, y este padre que me hallé sin saber cómo o por dónde.

Diana: Pues adiós, mi señor conde.

Teodoro: Adiós, condesa.

Diana: Oye.

Teodoro: ¿Qué?

Diana: ¡Qué! Pues ¿cómo a su señora así responde un criado?

Teodoro: Está ya el juego trocado, y soy yo el señor agora.

Diana: Sepa que no me ha de dar más celitos con Marcela, aunque este golpe le duela.

Teodoro: No nos solemos bajar los señores a querer las criadas.

Diana: Tenga cuenta con lo que dice.

Teodoro: Es afrenta.

Diana: Pues ¿quién soy yo?

Teodoro: Mi mujer.

Váyase.

Diana: No hay más que desear; tente, fortuna, como dijo Teodoro, tente, tente.

Salen Federico y Ricardo.

Ricardo: En tantos regocijos y alborotos, ¿no se da parte a los amigos?

Diana: Tanta cuanta vuseñorías me pidieren.

Federico: De ser tan gran señor vuestro criado os las pedimos.

Diana: Yo pensé, señores, que las pedís, con que licencia os pido de ser Teodoro conde y mi marido.

Váyase la condesa.

Ricardo: ¿Qué os parece de aquesto?

Federico: Estoy sin seso.

Ricardo: ¡Oh, si le hubiera muerto este picaño!

Sale Tristán.

Federico: Veisle, aquí viene.

Tristán: Todo está en su punto. ¡Brava cosa! ¡Que pueda un lacaífero ingenio alborotar a toda Nápoles!

Ricardo: Tente, Tristán, o como te apellidas.

Tristán: Mi nombre natural es Quita-vidas.

Federico: ¡Bien se ha echado de ver!

Tristán: Hecho estuviera, a no ser conde de hoy acá este muerto.

Ricardo: Pues ¿eso importa?

Tristán: Al tiempo que el concierto hice por los trecientos solamente, era para matar, como fue llano, un Teodoro criado, mas no conde.

Teodoro conde es cosa diferente, y es menester que el galardón se aumente, que más costa tendrá matar un conde que cuatro o seis criados que están muertos, unos de hambre y otros de esperanzas, y no pocos de envidia.

Federico: ¿Cuánto quieres? ... ¿y mátale esta noche?

Tristán: Mil escudos.

Ricardo: Yo los prometo.

Tristán: Alguna señal quiero.

Ricardo: Esta cadena.

Tristán: Cuenten el dinero.

Federico: Yo voy a prevenillo.

Tristán: Yo a matalle. ¿Oyen?

Ricardo: ¿Que quieres más?

Tristán: Todo hombre calle.

Váyanse y entre Teodoro.

Teodoro: Desde aquí te he visto hablar con aquellos matadores.

Tristán: Los dos necios son mayores que tiene tan gran lugar. Esta cadena me han dado, mil escudos prometido porque hoy te mate.

Teodoro: ¿Qué ha sido esto que tienes trazado? Que estoy temblando, Tristán.

Tristán: Si me vieras hablar griego, me dieras, Teodoro, luego más que estos locos me dan. ¡Por vida mía, que es cosa fácil el grecesizar! Ello en fin no es más de hablar; mas era cosa donosa los nombres que les decía:

Azteclias, Catiborratos, Serpelitonia, Xipatos, Atecas, Filimoclía; que esto debe de ser griego, como ninguno lo entiende, y en fin, por griego se vende.

Teodoro: A mil pensamientos llego que me causan gran tristeza, pues si se sabe este engaño, no hay que esperar menos daño que cortarme la cabeza.

Tristán: ¿Agora sales con eso?

Teodoro: Demonio debes de ser.

Tristán: Deja la suerte correr, y espera el fin del suceso.

Teodoro: La condesa viene aquí.

Tristán: Yo me escondo; no me vea.

Sale la condesa.

Diana: ¿No eres ido a ver tu padre, Teodoro?

Teodoro: Una grave pena me detiene, y finalmente, vuelvo a pedirte licencia para proseguir mi intento de ir a España.

Diana: Si Marcela te ha vuelto a tocar al arma, muy justa disculpa es ésa.

Teodoro: ¿Yo, Marcela?

Diana: Pues ¿qué tienes?

Teodoro: No es cosa para ponerla desde mi boca a tu oído.

Diana: Habla, Teodoro, aunque sea mil veces contra mi honor.

Teodoro: Tristán, a quien hoy pudiera hacer el engaño estatuas, la industria, versos, y Creta rendir laberintos, viendo mi amor, mi eterna tristeza, sabiendo que Ludovico perdió un hijo, esta quimera ha levantado conmigo, que soy hijo de la tierra, y no he conocido padre más que mi ingenio, mis letras y mi pluma; el conde cree que lo soy, y aunque pudiera ser tu marido, y tener tanta dicha y tal grandeza, mi nobleza natural que te engañe no me deja, porque soy naturalmente hombre que verdad profesa.

Con esto, para ir a España vuelvo a pedirte licencia, que no quiero yo engañar tu amor, tu sangre y tus prendas.

Diana: Discreto y necio has andado: discreto en que tu nobleza me has mostrado en declararte; necio en pensar que lo sea en dejarme de casar, pues he hallado a tu bajeza el color que yo quería, que el gusto no está en grandezas, sino en ajustarse al alma aquello que se desea.

Yo me he de casar contigo, y porque Tristán no pueda decir aqueste secreto, hoy haré que cuando duerma, en ese pozo de casa le sepulten.

Detrás del paño.

Tristán: ¡Guarda afuera!

Diana: ¿Quién habla aquí?

Tristán: ¿Quién? Tristán, que justamente se queja de la ingratitud mayor que de mujeres se cuenta. Pues, siendo yo vuestro gozo, aunque nunca yo lo fuera, ¿en el pozo me arrojáis?

Diana: ¿Que lo has oído?

Tristán: No creas que me pescarás el cuerpo.

Diana: Vuelve.

Tristán: ¿Que vuelva?

Diana: Que vuelvas. Por el donaire te doy palabra de que no tengas mayor amiga en el mundo, pero has de tener secreta esta invención, pues es tuya.

Tristán: Si me importa que lo sea, ¿no quieres que calle?

Teodoro: Escucha. ¿Qué gente y qué grita es ésta?

Salen el conde Ludovico, Federico, Ricardo, Camilo, Fabio, Anarda, Dorotea, Marcela.

Ricardo: Queremos acompañar a vuestro hijo.

Federico: La bella Nápoles está esperando que salga junta a la puerta.

Ludovico: Con licencia de Diana una carroza te espera, Teodoro, y junta, a caballo, de Nápoles la nobleza. Ven, hijo, a tu propia casa tras tantos años de ausencia; verás adonde naciste.

Diana: Antes que salga y la vea, quiero, conde, que sepáis que soy su mujer.

Ludovico: Detenga la fortuna, en tanto bien, con clavo de oro la rueda. Dos hijos saco de aquí, si vine por uno.

Federico: Llega, Ricardo, y da el parabién.

Ricardo: Darle, señores, pudiera de la vida de Teodoro; que celos de la condesa me hicieron que a este cobarde diera, sin esta cadena, por matarle mil escudos. Haced que luego le prendan, que es encubierto ladrón.

Teodoro: Eso no, que no profesa ser ladrón quien a su amo defiende.

Ricardo: ¿No? Pues ¿quién era este valiente fingido?

Teodoro: Mi criado, y porque tenga premio el defender mi vida sin otras secretas deudas, con licencia de Diana le caso con Dorotea, pues que ya su señoría casó con Fabio a Marcela.

Ricardo: Yo doto a Marcela.

Federico: Y yo a Dorotea.

Ludovico: Bien queda, para mí, con hijo y casa, el dote de la condesa.

Teodoro: Con esto, senado noble, que a nadie digáis se os ruega el secreto de Teodoro, dando, con licencia vuestra, del Perro del hortelano fin la famosa comedia.